

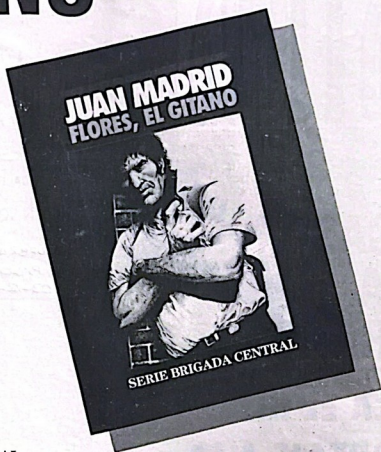
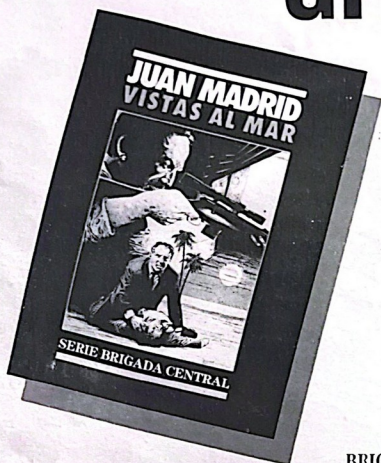
COLECCION

DELITOS**Y
CASTIGOS**

Año 1 - Nro. 1 - Julio 1991

**EL CASO
YIYA
MURANO****HABLA EL HIJO
REPORTAJE A LA
ACUSACION
COMO MATA EL
CIANURO****ESCRIBEN**Aníbal Ibarra
María Moreno
Héctor Schmucler**INFORME FORENSE****"ES UNA
PSICOPATA
SEDUCTORA"****LA ENVENENADORA DE MONSERRAT****POR ENRIQUE MEDINA**

El éxito de la TV: GITANO



SERIE
BRIGADA CENTRAL

VISTAS AL MAR

JUAN MADRID

El navío se llamaba *Alberta* y tenía bandera panameña. Al entrar en la dársena del puerto de Barcelona hizo sonar la sirena varias veces. La lancha del práctico del puerto se colocó en su proa y lo condujo hacia el interior. Estaba amaneciendo...

FLORES, EL GITANO

JUAN MADRID

La ciudad no tenía horizontes. Hasta lo que alcanzaba la vista, los edificios recortaban el cielo negro en un bosque interminable de masas oscuras, salpicadas de luces y puntitos dorados. Líneas discontinuas trazaban caminos entre la maraña de edificios comerciales que...

En librerías y quioscos a \$35.000.-

EDICIONES

B

Los libros más nuevos para el viejo placer de leer.
Teléfono: 334-5759

Página/12

el país a diario

EL CLÁSICO

COLECCION DELITOS y CASTIGOS

AÑO 1 - N° 1
JULIO 1991

STAFF

Editor responsable

Alberto Schprejer

Idea y Dirección

Mauricio Cohen Salama

Redacción

Miriam Lewin

Raúl Hochman

Diagramación

Laura Teicher

Relato

Enrique Medina

Ilustraciones

El Tomi

Opinión

María Moreno

Héctor Schmucler

Aníbal Ibarra

Fotografía

Daniel Esmerado

Colaboradores

Lito Moguiler

Juan José Salinas

Ilustración de tapa

Roberto Aragonés

Corrección

Gabriela Alegre

Composición laser

Eduardo Slesarsky

Armado

Marcos Arce

Prensa y RR PP

Gabriela Mariel Domínguez

Asesoría legal

Alejandra Taddei

Héctor Masquelet

Impresión

Ediciones Gráficas Mundo

Color, Santa María del Buen

Aire 843, Capital Federal.

Teléfono: 21-3173

Delitos y Castigos

es una publicación mensual

de Editorial Misterio (en

formación), Montevideo 928,

7mo. D, Capital Federal.

Teléfonos: 42-1605 y

812-7342. Propiedad

Intelectual en trámite.

Distribución

En Capital Federal y Gran

Buenos Aires: Vaccaro

Sánchez y Cia. S. A., Moreno

794, piso 9, Capital Federal.

Teléfonos: 34-4031/2,

334-8422 y 30-7508.

En el interior del país:

D. I. S. A. (Distribuidora

Interplazas Sociedad

Anónima), Pie. Luis Sáenz

Peña 1836, Capital Federal.

Teléfonos: 23-9377,

26-3160 y 27-6645.

SUMARIO

PRENSA	5
LA ENVENENADORA DE MONSERRAT	por Enrique Medina, 6
CRONOLOGIA	18
DE ABSOLUCION A PERPETUA	por Aníbal Ibarra, 18
INVESTIGACION	Entrevista a Martín Murano, 20 1985: "Si vuelve a la cárcel estaré muy solo", 21 Informe psiquiátrico forense: "Altanero, perverso y paranoico", 21 "Nos hacía reír", 22 Cómo mata el cianuro, 22 Antes del quirófano ..., 22 Ellos, 23 Entrevista a José María Orgeira, 20
EL VENENO ES MAS PROLIJO	por María Moreno, 24
CRIMEN E INFAMIA	por Héctor Schmucler, 25

POLICIAL EN SERIO

Delitos y Castigos es una publicación mensual que aborda en cada edición uno de los casos más resonantes de la historia del crimen en la sociedad argentina.

Las alternativas de cada caso son recreadas por un escritor y por un ilustrador a partir de una minuciosa investigación realizada por colaboradores de D y C.

Entrevistas, notas de investigación y columnas de opinión completan la información necesaria para dar al lector una versión de los hechos fidedigna y completa.

Bienuda Diabólica:

RECLAME CON ESTA EDICION UN TEMPLAR DE...

Amigos y... ¿Socios en "Negocios"?

Version: "En Cuestión de Horas Serán Detenidos"

DIABOLICA ENVENENADORA:

CLARIN • Buenos Aires, viernes 25 de mayo de 1979

Commueve el caso de la envenenadora

33 años de la mujer que habilitó su casa como laboratorio de drogas y se convirtió en la "madre" de la "Diabólica".

33 años de la mujer que habilitó su casa como laboratorio de drogas y se convirtió en la "madre" de la "Diabólica".

33 años de la mujer que habilitó su casa como laboratorio de drogas y se convirtió en la "madre" de la "Diabólica".



DIEZ EXHUMACIONES

¿Además de la...

CLARIN • Buenos Aires, viernes 25 de mayo de 1979

Ascienden a siete las víctimas

La mujer que habilitó su casa como laboratorio de drogas y se convirtió en la "madre" de la "Diabólica".

La mujer que habilitó su casa como laboratorio de drogas y se convirtió en la "madre" de la "Diabólica".

La mujer que habilitó su casa como laboratorio de drogas y se convirtió en la "madre" de la "Diabólica".

¿SE ACUERDA DE YIYA MURANO?

HERCEDES MURANO DE TRES AÑOS POR 21 AÑOS. CADA UNA DE ESTAS TA ASÍ.

ENVENENADORA: ¿COMPLICIDAD DE 2 MEDICOS?

Amigos y Socios en "Transacciones Comerciales"

Cambios; Vélez Ganó a R.

POLICIA • Página 29

Crónica Revela Detalles Aterrosos del Episodio que Conmocionó al País

SERIAN 7 LAS VICTIMAS DE LA DIABOLICA ENVENENADORA

INCREMENTAN EN \$ 500, POPULARES PARA EL FUTBOL

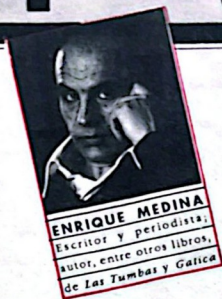
CLARIN • Buenos Aires, viernes 25 de mayo de 1979

OIT: Van Obreros y Trece; Beaudouin

¿BUENOS AIRES ANTE EL ESTUPOR MAS HORROROSO MUJER ASESINO 5 PRESTAMISTAS



EL CASO YI



ENRIQUE MEDINA
Escritor y periodista,
autor, entre otros libros,
de *Las Tumbas y Gaticos*

LA ENVENENADORA DE MONSERRAT

Con cianuro, Yiya Murano eliminaba a las amigas que, arrastradas por su personalidad magnética, le prestaban sus ahorros con la esperanza de duplicarlos fácilmente ■ Casada con un hombre a quien ya no la unía el sexo, tenía un hijo adolescente y varios amantes ■

Yiya sufría por no poder darse la vida que deseaba: salidas, vestidos, un auto y un departamento más amplio que el de tres ambientes que los Murano compartían con una mucama ■ Para lograrlo, estafó y mató.

Septiembre de 1930, el general José Félix Uriburu acaba de derrotar a la democracia argentina en la figura de Hipólito Yrigoyen. Este ve asaltada su casa por comandos civiles que, en una clara muestra de júbilo fascista, echan por la ventana sus poquitas pertenencias: alguna ropa, la cama y el colchón, una mesa que se parte en dos al caer de punta, sillas ya flojas. En la calle, con cantos que

glorifican la muerte, grupos de choque se encargan de prender el fuego obligado. Ha comenzado la tragedia de la historia moderna argentina. Desde su tumba, revolviéndose en incomprensiones, Sarmiento repite su eterno y vigente infausto grito en busca de la luz negada: "Sombra terrible de Facundo! voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones íntimas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! Ignorando a sabiendas la plegaria de Sarmiento, los militares arrasan el país convencidos de que van a imponer un nuevo orden que los pondrá en el primer plano de la estima universal. En la provincia de Corrientes, el teniente Bolla no disimula la euforia y participa tenazmente en la represión. Tan encoquecido está que olvida que va a ser padre de un momento a otro. En el hospital, su mujer, Mercedes Antonia Aponte, a quien apodan Chela, da a luz una bebita setemesina

que apenas pesa un kilo y medio. La bautizan María de las Mercedes Bernardina; poco después, alguien comienza a llamarla Yiya.

Por parte de madre, Yiya viene de una familia muy tradicional, muy católica; desciende en línea directa del general Donato Alvarez, quien se enriqueció al ser gobernador militar en la ciudad de Asunción, ocupada al finalizar la guerra de la Triple Alianza. El general trajo de la capital paraguaya un cuantioso mobiliario realizado en maderas preciosas y recibió, como recompensa a los servicios prestados, 2.500 leguas de la mejor tierra correntina. La hija del general, doña Delfina Alvarez del Giorgio, abuela materna de Yiya, afectísima a los designios de la virgen de las Mercedes y de las leyendas terroríficas que pueblan las noches del campo, se acercó compulsiva a las mesas de póker y dilapidó casi toda la fortuna de su padre. Esto no impedía a la buena mujer, más

Y A M U R A N O



engredida que una reina europea, recorrer la ciudad a bordo de un lustroso carruaje negro tirado por seis briosos caballos también negros, conducido por un postillón negro montado en uno de los caballos delanteros, y un chofer, también negro, ambos ataviados con levita y galera indudablemente negras. Hasta los seis años Yvonne vivió en Corrientes. Luego, de acuerdo a los destinos militares que le asignaban a su padre, fue creciendo alternadamente en las provincias de San Luis, Catamarca, La Rioja. Cuando el padre se retiró del Ejército, la familia se radicó definitivamente en la Capital Federal.

La infancia de Yvonne transcurrió dentro de la normalidad. Nada presagiaba algo notable en su futuro. No era ni muy buena alumna ni se destacaba en el desastre; era atenta con maestras y compañeras y conseguía una imagen de neutralidad que la hacía pasar inadvertida. Así hasta la adolescencia. Allí comenzaron los pequeños problemas: una marcada tendencia a la gordura y al crecimiento hacía que algunos parientes sin intenciones destructivas asumieran en ella una futura mujer enorme, gorda, culona, fea y estúpida, en franco camino a la soltería. Yvonne misma parecía aceptar esos conceptos afirmando en sí una manera opaca en el vestir y en todo su arreglo personal, además de caminar tambaleándose para uno y otro lado.

Sin considerar otra posibilidad, Yvonne se refugió en la religión y junto a su madre Chela, integrante de la Sociedad de Damas de San Vicente de Paul, se paseaba por las calles con un escapulario púrpura en el pecho y la espalda.

Algo moviliza a Yvonne. Probablemente un incidente menor: quizá la primera frustración amorosa, o la traición de un pretendiente de pantalones cortos con una amiga suya. El hecho concreto refiere una anécdota muy peculiar que supuestamente fue saltando de boca en boca.

Era de mañana. Chela descubre a Yvonne ardi-

llada frente al enorme espejo de su ropero en actitud de rezo. Aunque no era fecha de guardar ni de recogimiento, Chela, viéndola en trance, decide no interrumpirla, acaso para que el espíritu santo penetrara confortablemente en ella. Al mediodía la llama a comer, pero Yiyi no responde. Acude Chela al cuarto y ve a Yiyi en la misma posición con los ojos muy abiertos y las manos apretadas. Le habla y Yiyi no contesta. Para no interrumpir los designios del más allá y en el fondo muy feliz de que su hija alcanzara la iluminación de los elegidos, decide volver a la tarde, que es cuando va a buscarla para que meriende. Pero el panorama no ha variado, salvo que a Chela le parece que los ojos de Yiyi están desmesuradamente abiertos. Nuevamente decide no interrumpirla. Poco antes de la cena, Chela escucha golpes y ruidos no habituales desde el cuarto de Yiyi. Incluso algunas exclamaciones onomatopéyicas que la sorprenden. Dijo después que en ese momento un escalofrío muy poderoso la envolvió completamente. Cuando se animó a entrar al cuarto, se encontró con Yiyi enteramente desnuda frente al espejo contándose el cabello al ras y con la ropa a sus pies, rota en jirones. La tranquilizó, la vistió y logró que no se acostara a dormir sin antes haber cenado.

A partir de ese rompimiento, Yiyi decide practicar natación y seguir una severa dieta que la va transformando. En las clases de natación, conoce a

Rubén Henry López, ahijado de una tía. Ambos se buscan con simpatía. Yiyi tiene 13 años y aparece su primera menstruación. Cursa sus estudios secundarios en el Colegio de Monjas donde había estudiado su madre y va en camino de recibirse de maestra normal. La primera relación sexual de Yiyi es con López, la misma noche en la que festeja el título. A pesar de su gordura, que no crede no obstante sus esfuerzos, López se le ha declarado enamorado perdido. Yiyi cambia: se hace más agresiva y dominante. Su madre, Chela, puede decirse que está a su servicio. Ella se divierte jugando de una manera muy singular: con un grabador que ha pedido como regalo de cumpleaños, Yiyi se entretiene en hacer hablar mal a sus hermanos y amigos, unos de otros, y luego de haberlos grabado le hace escuchar la grabación al ausente consiguiendo hacerlos pelear. Este particular sistema maquiavélico —casi una moderna acepción tecnológica del famoso "divide y reinarás"— le da tan excelentes resultados que Yiyi comienza a adoptar actitudes soberbias y algo despectivas, y para reforzar sus desplantes, comienza a dar importancia al aboleo familiar. Ya ha dejado de ser una cosa gorda y sin futuro, ahora la miran con cuidado. Yiyi sabe que la gloria del general Donato Álvarez es solamente histórica y que, en lo inmediato, esa gloria no se traduce en bienestar económico ni en confort de categoría. Esto la lleva a pensar seriamente en el futuro y, de común acuerdo con su madre, hace un minucioso rastreo

entre las amistades con el fin de hallar un aceptable candidato para el casamiento que tendrá inexorablemente que cumplirse. Rubén Henry López está descartado porque su profesión de geólogo todavía no le ha dado la soltura económica que Yiyi desea. De todas maneras, ella lo sigue reteniendo como amante con el pretexto de que él le enseña francés.

Antonio Murano era un hombre tímido, ideológicamente muy conservador. Acudía todos los domingos a misa de 11, donde conulgaba indefectiblemente. Al contrario que la familia de Yiyi, la de Murano, también de fortuna en su origen, supo mantenerla y aumentarla. Murano se recibió de abogado y puso un estudio cerca del viejo estadio de fútbol "San Lorenzo de Almagro"; club del que su padre tenía el carnet de socio número 200 y en el que él mismo fue durante largos años vocal de la comisión directiva. Gracias a las relaciones familiares, consiguió ser abogado de la comisaría 38 y uno de los fundadores del Pro-Hogar Policial. Sin sospechar que estaba siendo auscultado con mucho disimulo en un balance especulativo, Murano continuó arrastrando hasta los 36 años un doloroso peregrinaje espiritual y físico que sólo calmaba masturbándose.

En el momento más depresivo de su vida, cuando ya ni el mes del Sagrado Corazón de María lograba tranquilizarlo y la meta del suicidio cada vez se hacía más nítida, aparece, frente a él, Yiyi. Ella, que como tantas otras mujeres habían sido el cielo tan anhelado y sublime en las tristes noches de soledad en las que el abrazo a la almohada era lo único que podía amenguar la locura, va a consultarlo seriamente. Se trata de una consulta menor, la posibilidad de una venta, algo sin importancia. Ella le pide que se encuentren en la Confeitería del Molino, él dice que sí.

Murano no lo podía creer. Por primera vez en la vida se citaba con una mujer. Una mujer que no por ser un tanto obesa dejaba de hacerle temblar el corazón. Ella tardó lo suficiente, no mucho. Chela le había enseñado que las esperas tienen que obedecer a una regla basada en el comportamiento del candidato. Y a Murano había que hacerlo esperar para ablandarlo, pero no mucho, porque podía haber la posibilidad de que a los 15 minutos la depresión fuera tan grande que lo obligara a levantarse e irse. Y a los 15 minutos exactos apareció Yiyi. Impecable. Con un traje sastrero gris a rayas y una blusa roja de seda inglesa; zapatos negros con tacos altos que la hacían todavía más alta; el cabello cortado a la nuca en un peinado rígido haciendo juego con sus ojos; labios gruesos sin intención de seducir mientras quedaran apretados, el rouge de un rojo igual a la blusa; cejas fuertes como el asombro de una culpa inesperada; y un sombrero con pluma, algo ladeado, sombreándole apenas un costado del rostro. Ella corrió la silla, se sentó, acomodó la cartera en la otra silla, colocó una de sus largas piernas sobre la otra, juntó las manos y las apoyó en la mesa. Murano supo en ese instante que Yiyi era la única mujer en toda la historia de la humanidad y que bien había valido tanto sufrimiento y castigo si el premio eran esos breves segundos viéndola a ella llegar a la cita y sentarse. Ella sonrío, apenas y mostrando unos dientes perfectos:

—Se supone que un caballero cuando recibe a una mujer se pone de pie y le corre el asiento...

Volvió a sonreír y Murano enrojeció. Ella dijo algo más, pero él ya no podía escuchar, en los oídos le atronaban tormentas de mil colores y el delirio de su cerebro era un tráfico congestionado; no pudo evitar que sus manos se refugiaran entre las piernas. Yiyi notó el desmedido imperio del poder que ejercía y con toda serenidad llamó al mozo.



Poco después, Antonio Murano, virgen de sexo, se casó con Yiya. Ella había dejado a López. Durante el primer año hubo cierta armonía. Viajaron a distintos puntos del país disfrutando los dos. Yiya gastaba desmedidamente. De tanto en tanto, su madre, Chela, le advertía que tenía que quedar embarazada para que la fortuna de Murano quedara definitivamente en sus manos.

Sin embargo Yiya, quien creía haber manejado su casamiento con inteligencia, se dio cuenta de que estaba junto a un hombre que no le servía de nada. Luego de haber vivido en un nivel de categoría y respeto, en el que se había acostumbrado a la imposición y el mando, se encontró unida a un hombre falto de iniciativa y virtuosamente desamparado y naturalmente inútil para algo más que no fuera cumplir una orden sencilla. En esto si congenió él con Yiya: ella mandaba como había aprendido del padre militar y él obedecía como siempre lo habían acostumbrado en su casa.

Por entonces, la transformación de Yiya había concluido: su físico suscitaba el deseo de muchos hombres, sus actitudes soberbias y altaneras provocaban e incitaban. Pasado un tiempo, Yiya renovó el contacto sentimental con López, quien ya había contraído matrimonio con una amiga común. Todo transcurrió sin sobresaltos ya que la impasibilidad de Murano le permitía a Yiya cualquier tipo de movimientos. Gracias a esta libertad fue que ella dejó que se le acercara Héctor Julio Cantón, un vecino que había estado en su casamiento. Cantón, si bien era médico de profesión, nunca había ejercido. Esto no impidió a Yiya integrarlo al matrimonio como médico de familia.

Al poco tiempo, Yiya comenzó a intimar con Cantón. El primer acercamiento fue un préstamo para comprarse un tapado de zorro de Groenlandia con el que, según le dijo, quería sorprender a su marido; le explicó que recurría a un amigo común precisamente para que guardara el secreto. Cantón, como todo médico, supo mirarla bien a los ojos para calibrar el pedido. Fue en la Confitería del Molino, donde ella lo había citado, que le dijo:

—Que sea el tapado... Pero me gustaría poder verlo primero...

—¿Por qué no?... ¡Acaso no sos amigo de mi familia, de mi marido!...

Yiya se limpió muy delicadamente los labios, apenas apoyando la servilleta, dándose tiempo y dándole tiempo al silencio que era quien realmente mandaba en ese momento. El, Cantón, no pudo dejar de incomodarse, de arreglarse el pantalón, mientras ella separaba los labios para repintarlos allí donde él le había insinuado un desarreglo ínfimo. Mientras los ojos de ella se detenían en el espejo, él moría viendo sobresalir muy roja la lengua de ella. Y Yiya, manteniéndose en el espejo, torció la mirada y encontró los ojos de él que fue como encontrarlo inerme, suelto y blando como pan que desea ser devorado de una vez. Ella le sonrió y él largó su última carta:

—¿Podés... ahora?... Cuando vos quieras. No hay nadie en el consultorio... Allí tengo la chequera...

Murano no dice nada, acepta todo lo que Yiya propone, su único problema es su propia madre, quien, al borde de la desesperación, le dice una y otra vez que debe parar el tren de vida que él y Yiya siguen si es que no quieren hundirse en el pozo más negro y profundo. Murano no le cree o no tiene la suficiente inteligencia ni intuición como para prever lo que le anticipa su madre. Continúa cumplimentando los deseos de Yiya; entre ellos, hacer reuniones de amigos



en las que ella predomina absolutamente por su natural presencia y por el modo de envolver a sus oyentes con fábulas y aires de otros mundos más elevados y prometedores que el de los demás.

A una de estas reuniones, acude un comisario de gruesos bigotes que no puede eludir el modo de Yiya de pasarse la lengua por el labio superior cuando debe escuchar. Yiya percibe que su lengua llama la atención de alguien y se felicita al descubrir que ese alguien es el comisario de gruesos bigotes. La Confitería del Molino, con todo su mundo de esplendor en el que se lucen políticos y profesionales acomodados, es el sitio cabalístico en el cual Yiya realiza siempre el primer acercamiento para una nueva relación. Allí, en una mesa pegada a la pared, Yiya se deja citar por el comisario de gruesos bigotes. Es un amor inmediato, fuerte, rabioso, de dos cuerpos agresivos que se degluten sin misericordia. De todos sus amantes es el de más corta duración y el que Yiya recordará por el resto de su vida. En este lapso, Yiya queda embarazada. Embarazada de cuatro hombres: Murano, López, Cantón y el Comisario; sin tener en cuenta alguna otra relación esporádica y meramente circunstancial. Yiya no se hace mucho problema. A lo sumo Chela, que compara rostros tratando de convencerse de que entre los cuatro lo que se dice mucha diferencia no hay. Por lo tanto el embarazo puede continuar sin inconvenientes.

Como si Urburu, con su atropello mesiánico, hubiese trazado una maldición infinita, la historia deambula torpe y ciega en busca de su destino, destino presunto de grandeza según cada presidente que se apropia del poder. Es el año 1966 y la Argentina repite su desgracia sin

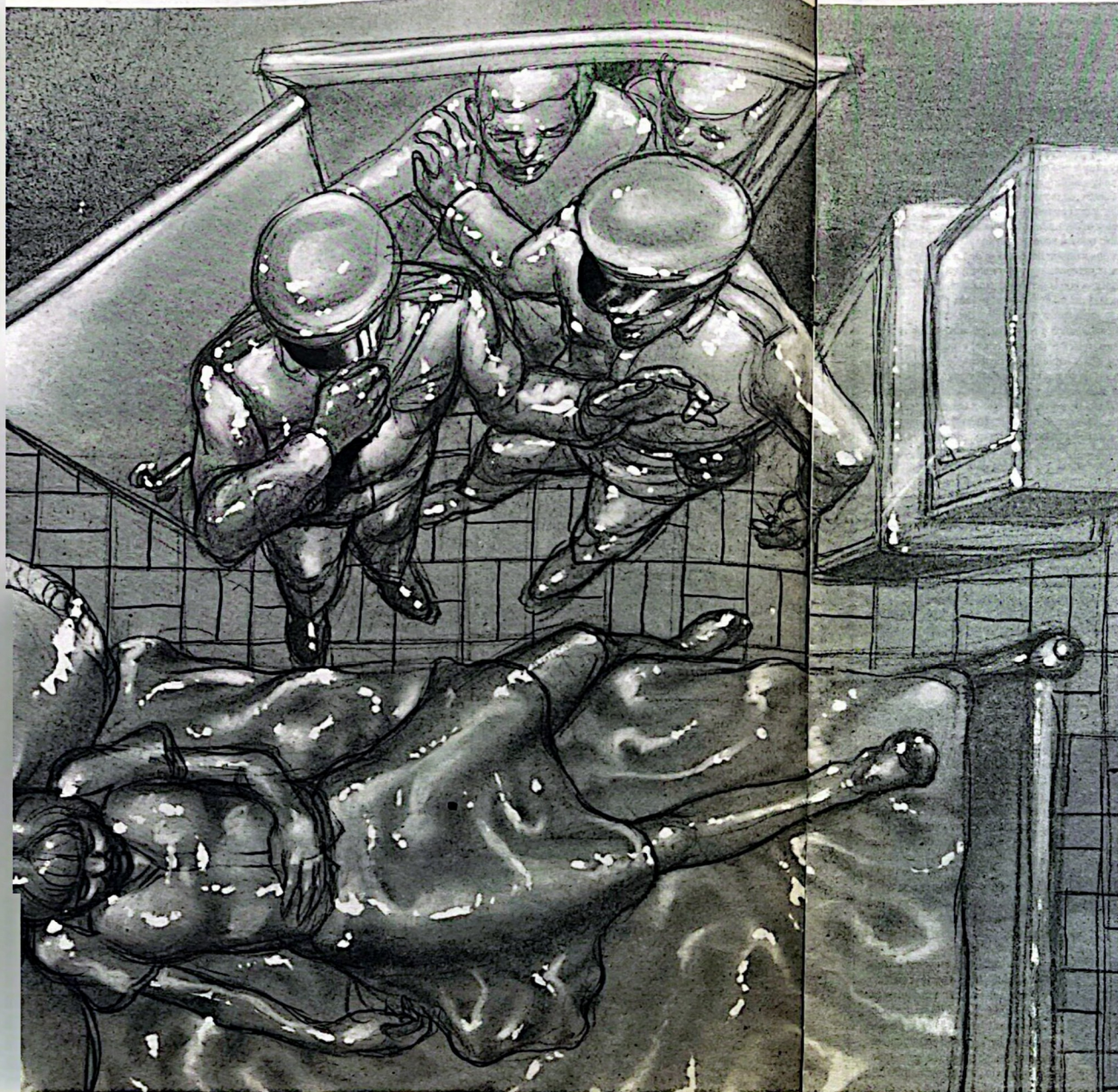
UN AMOR

INMEDIATO, FUERTE,
RABIOSO, DE DOS
CUERPOS AGRESIVOS
QUE SE DEGLUTEN
SIN MISERICORDIA

DE TODOS SUS
AMANTES ES EL DE
MÁS CORTA
DURACIÓN Y EL
QUE YIYA
RECORDARÁ POR EL
RESTO DE SU VIDA

el mínimo brillo, como si fuera un estulto caballo atado a la noria de su insita incapacidad. Igual que Yrigoyen, Illia, un presidente civil, debe soportar otro atropello organizado por militares y civiles con cerebros de mosquito diseado. El ejemplar que encabeza este disloque inmediatamente es apodado "la foca", y, curiosamente, tiene la misma pasión que la abuela de Yiya: concurre a la Sociedad Rural en un carruaje del siglo pasado tirado por caballos negros, lástima que la ausencia de un postillón negro le impide redondear el ridículo. En este año, Yiya da a luz a su hijo Martín. No demuestra, Yiya, mayor interés para que la tilden de madre ejemplar ni mucho menos. Más que ella, quien se encarga de criar a Martín es la doméstica Ignacia Linares; y Murano. Yiya continúa su vida normal afirmando las relaciones con sus amantes. Por una infidencia, cuyo ori-

gen hasta el día de hoy no he podido detectar, Murano se da por enterado de la infidelidad de Yiya. Hundido en el más profundo dolor por la actitud multifacética de Yiya ante sus amantes y él, por su falsedad moral al continuar yendo a misa por la falta de respeto con que ella lo trata sin reconocer el amor que él le daba sin reservas, Murano decide romper el vínculo sexual con ella y recluirse, como antes de casarse, en su dolorosa soledad. Por toda respuesta, Yiya deja en claro la poca importancia que le da al hecho y despreocupadamente echa a correr el rumor de que Murano es impotente. López se entera del asunto y le propone casamiento a Yiya; le pide que se separe legalmente de Murano y le dice que lo mismo hará él. Ella promete contestarle más



adelante. Pero, casi como fichas de dominó en fila, las mentiras de Yiya se van descubriendo y López se entera de Cantón y viceversa. Ante las recriminaciones de López, Yiya lo mira fríamente, luego se desnuda y se mete en la cama. Como él se queda parado, sorprendido por la indiferencia, ella abre su cartera, que está en la mesita de luz, saca un libro sobre la Madre María y lee. López comprende que ella nunca será de él solo.

¿Cuál era el destino que anhelaba Yiya? ¿Cuál es el destino que buscamos los seres humanos? ¿Por qué amamos, mentimos, traicionamos, matamos? No se contentaba Yiya con vivir en un departamento de tres ambientes en un barrio tradicional pero nada elegante, según sus criterios. Fue entonces que su cabeza inició un proceso de perfección en busca del mejoramiento anhelado, de lo que nos meten por los ojos las revistas y la televisión y las comparaciones con amigas y amigos y vecinos. Yiya había mejorado su aspecto en el vestir y su nivel de vida gracias al dinero que obtenía de la familia Murano. Hacia fines de 1977, cuando, muerta la suegra, supo que ya no tendría a quien recurrir, Yiya elucubró muy calmadamente un camino seguro para poder estabilizarse en un país que evidentemente parecía buscar lo contrario.

Comenzaba la época de la plata dulce. Los mercados del dinero iban y venían y la solución a todos los problemas parecía estar en los depósitos a plazo fijo en bancos o en empresas privadas, donde el beneficio era mayor pero también era mayor el riesgo, llegando incluso a la posibilidad de perder todo por ser demasiado ambicioso. Yiya debió haber analizado alternativas y quizás entendió que estaba capacitada para lograr sustanciales ganancias manejando con habilidad la ubicación del dinero. ¿Pero dónde estaba ese dinero? Había que buscarlo. ¿Consiguiera un nuevo préstamo de alguna amiga, de algún conocido? Es casi seguro. ¿Lo invertiría? No hay constancias de que Yiya jamás haya invertido nada. Ella aseguraba que compraba monedas de oro mexicanas, pero esto no pudo comprobarse.

Devolvió parte del primer préstamo y logró que confiaran en ella. Devolvió otra parte y nuevamente le prestaron. Volvió a invertir y se entusiasmó. Inició un tren de vida más acorde con lo deseado. Paseaba por la calle Florida y por avenida Santa Fe deteniéndose en todas las casas de ropa, muy particularmente en las de gran marca. Y aprendió a vestirse como una estrella de cine. Buscó su estilo. Luego de probar diversos tonos de color y de equivocarse en los cortes, se fue hallando en lo más llamativo e impactante. Se dio cuenta de que su altura era un factor de elegancia importantísimo y de que la gente y sus amigas se lo destacaban, algunas sin ocultar una delgada envidia. Eligió botas altas de cuero negro, polleras largas en tonos fuertes, blusas multicolores, capelinas; en invierno un largo abrigo, ancho y de hombros caídos que le daba un vuelo afrancesado de siglo pasado, también una bufanda pesada que le caía como al descuido en medio del pecho, y sombrero negro ladeado. Este exterior se le combinaba perfectamente con lo que ella era: agresiva y soberbia, prepotentemente altanera.

Es una tarde primaveral. Yiya está bebiendo un té con dos amigas y Martín, su hijo, al que llevará a pasar unos días

en casa de su hermana Marta apenas termine la reunión. Detrás de una columna aparece un gato que se acerca a la mesa con la cola parada. El gato roza las piernas de Yiya, ésta se asusta como si hubiera visto a un fantasma. Grita, se sube a la silla. Como el gato la mira sin darse por aludido, ella agarra el cenicero de la mesa y se lo tira. Martín le cuenta el episodio a un amigo del barrio; éste le dice que Yiya tiene fama de odiar a los gatos y perros y a todos los animales y que por las noches sale a repartirles comida con vidrio molido y envenenada.

En una confitería del centro, Yiya se reúne con López. Este la invita a dar un paseo en su auto y ella acepta. Charlan con aparente distancia. Ella explica que acaba de llegar de Europa y que en pocos días más debe viajar a los Estados Unidos. Quiere festejar el cumpleaños de su hijo en Disneylandia; luego recorrerá San Francisco, Las Vegas y, por sobre todo, quiere conocer el Gran Cañón de Colorado. Le explica a López que Borges, apenas llegó por primera vez a Estados Unidos y le preguntaron qué quería conocer, respondió eso: el Gran Cañón de Colorado. Con admiración, López le pregunta:

—¿Leiste a Borges?

—Por supuesto. ¿Cómo no voy a leer a Borges? Leí todo Borges y muchos otros escritores. Al anochecer, ambos acortan las distancias y duermen abrazados en un hotel de la Recoleta. Ella no se quiere quedar hasta el otro día. Argumenta el marido y el hijo y la verdad, dice:

—Es que no me gusta dormir en hoteles alojamiento, no soy mujer de paso, lo sabés. El se queda perplejo ante tanta soltura. Desde hacía varios años, López había quedado prendido a ella por el resultado en la cama, pero el aura que ella tiene ahora lo envuelve más de lo que él mismo esperaba. Es un día especial en la vida de López. Ve en Yiya a la mujer tan imaginada. Alta, más alta que él, con aire de reina. Culta. Y con estilo. Ahí mismo, López se le declara otra vez. Piensa que ella está rodeada de hombres y que seguramente él es sólo uno más, un admirador del montón, piensa que ella a lo mejor no había estado segura de su interés y que es necesario que se lo manifieste una vez más para que ella le crea. Ella se sienta en la cama aún a medio vestir.

—No pienses que soy un témpano y que me acuerdo con vos porque no tengo otra cosa que hacer. Me gustás, pero eso es todo.

Quizás atraído por la dificultad, López llega a meterse tanto con ella que, semanas después y dejando de lado toda consideración lógica, le propone casamiento por tercera vez. Ella se siente emocionada y llora, pero nuevamente habla de la piedad que siente por el ínfimo de su marido y la necesidad de cariño maternal que todavía debe brindar a su hijo. El contrapone igual circunstancia pero afirma que con amor y tolerancia todo podía llegar a ser solucionado y vivir felices con los hijos de ambos y mantener a quienes dejaban en la soledad. Mientras lo oye con indisimulada decepción, Yiya siente que López carece del carácter suficiente como para entenderla.

EL GATO ROZA LAS
PIERNAS DE YIYA;
ESTA SE ASUSTA
COMO SI HUBIERA
VISTO A UN
FANTASMA.
GRITA, SE SUBE A LA
SILLA. COMO EL
GATO LA MIRA SIN
DARSE POR ALUDIDO,
ELLA AGARRA EL
CENICERO DE LA
MESA Y SE LO TIRA.



Yiya ordenó su vida amorosa dedicando días exclusivos a Cantón y a López. Este toleró oírle fabular sobre sus viajes y jamás le preguntó si había visitado el Gran Cañón del Colorado. Se contentó con las delicias de la cama y entendió justo cierto pedido de dinero para urgencias inesperadas como la compra de un televisor, o un nuevo vestido, o la pequeñez de un trabajo de plomería, o un préstamo bien entendido para que ella invirtiera a nombre de los dos. Con gestos eufóricos, Yiya postergaba la devolución prometiendo grandes intereses y obligando moralmente a López a no recibir la suma y a dejar que ella continuara manejando una inversión que ambos sabían era inexistente. Lo mismo hacía Yiya con Cantón, en menor medida por las menores posibilidades que él aportaba. Aparte de sus gastos, siempre cuantiosos, Yiya rescataba para sí una parte de lo que percibía que iba acumulando en una cuenta individual. Otras inversiones de vecinos de muchísimo menor riesgo le permitieron generar entre ellos una imagen de benefactora con la gente. No ganaba mucho dinero con las viejitas del edificio pero sí ganaba prestigio. Y esto Yiya lo sabía cuidar muy inteligentemente.

Yiya estaba unida a Nilda Gamba, una de sus vecinas, por una relación de parentesco y por un profundo rencor. Nilda había sido concubina de Rafael Murano, hermano de su marido. La relación entre ambas nunca había sido cordial y cuando murió Rafael, quien se vino abajo de un día para otro y terminó escupiendo sangre, las cuentas de la herencia no resultaron del todo claras. Extrañamente, un mes antes de la muerte de Rafael, su hermano Antonio, a instancias de Yiya, había acelerado los trámites judiciales de sucesión. Pero terminadas las diligencias del caso, Yiya, que esperaba que le tocara algo como esposa de uno de los herederos, se había quedado con las manos vacías. Ocultando el resentimiento que le había provocado la situación, Yiya, en su afán de captar fondos, produjo un natural acercamiento y consiguió que Nilda le diera un dinero para invertir a cambio de un pagaré. Yiya se manejó con cuidado. Hizo bien la inversión, con su porte y autoridad obtuvo beneficios privilegiados que le permitieron devolver el dinero con interés a Nilda al mismo tiempo que consiguió guardarse algo para ella.

Por ese entonces, reapareció en Buenos Aires Lelia Formisano de Ayala. Era muy amiga de

Nilda y la llamaban Chicha. Cuando Nilda se la presentó a Yiya ambas hicieron bromas con sus apodos y eso las acercó mucho. Chicha vivía en Mar del Plata pero, de tanto en tanto, se daba una vuelta por Buenos Aires y se alojaba en el departamento de Nilda. Apenas Chicha llegaba, Yiya era invitada a tomar el té en el departamento de ellas. Una tarde Nilda y Chicha descubrieron que a ambas les faltaban joyas y se increparon mutuamente. Chicha se retiró ofendida y se fue a vivir a un departamento de Belgrano al 2400. Yiya supo mantener, por separado, la amistad de las dos sin dejar de alimentar la enemistad entre ellas.

La capacidad de convicción que debió haber tenido Yiya tuvo que ser enorme, porque es curioso que ninguna de las dos mujeres sospechara de ella en la desaparición de las joyas. Su procedimiento siempre fue el coherente para quien está convencido de que este mundo sólo gratifica a los audeces y abandona en los

agujeros más hediondos a los mediocres, los incapaces, los moralistas, los bondadosos.

Cuando Yiya se casó tenía 23 años y Murano, que se disponía a explorar por primera vez los caminos del sexo, 36. Pero una mujer se cansa de enseñar, quiere aprender. No basta la bondad, ni el entendimiento ni la tolerancia. En el sexo tiene que haber rabia y dolor y deseos descontrolados y traición y deseos de vencer o buscar ser vencido y vulnerar para dominar y desear por sobre todo la justificación de la existencia. Cuando esto no se da, cuando no existe esa dependencia del deseo insaciable es cuando la persona frustrada busca por otro lado a quien tragarse y comerse y beber. Cuando una mujer se inicia en la primera traición, ya está dispuesta a la segunda y a partir de aquí no es difícil romper otras barreras.

En la Argentina el simple hecho de existir ya es una corrupción. No hay amigos, apenas si cómplices temporarios, y es mucho decir. Es una trampa tener hijos porque traicionan y es una trampa creer en los padres porque los hijos estorban y quitan tiempo y atan y obligan y es mejor no pensar si es que se anhela despertar al otro día. Acosada por deudas que no podía saldar, habituada a disponer de las personas como si fueran meros objetos o instrumentos de su deseo, Yiya decidió sacarse de encima a quienes no le permitían seguir adelante. Murano se había hecho a un lado, merecía su más profundo desprecio pero no la molestaba. Quienes le reclamaban dinero no parecían en cambio dispuestos a la misma pasividad. Debía ser ella misma, en consecuencia, la encargada de acallarlos.

Yiya, haciendo operaciones que sólo ella comprende, logra obtener dinero que va gastando o acumulando mientras sus deudas son cada vez mayores. Es algo así como una imitadora compulsiva y trágica de los banqueros que por entonces dan rienda suelta a las famosas "bicicletas" que también darán lugar a deudas incobrables. Pero a diferencia de lo que sucede en el gran juego de los poderosos, a Yiya la ganancia le resulta insuficiente. Vivir un tiempo más en ese departamento de tres ambientes, puede tolerarlo, pero lo que Yiya no acepta, y día a día se le ocha en cara a su marido, es no tener auto. Esto no la deja tranquila. Le molesta sobremanera tener que sucumbir al auto de Canión, tener que estar obligada a viajar con él cuando ella desearía pasear sola por la ciudad, y lucirse y dar envidia, la misma que ella tiene cuando ve a otras mujeres manejar con discreción. En una ocasión, le dice a Canión:

—Mañana me gustaría pasear en auto por Santa Fe, por los bosques de Palermo...

Y distraídamente llama al mozo para que traiga otra jarra de agua. Canión responde:

—Perfecto. A las seis ya estoy libre. Pasá por el consultorio directamente y...

—Por la mañana quisiera decir.

—...No puedo. Tengo pacientes con tumores ya...

—Y voy sola. ¿Cuál es el problema?

Canión se muestra en falta. La sorpresa de lo impensado le impide el discurrir y ella percibe sin vueltas el maliciar de él:

—No sé... Pensaba dejarlo en el taller... Pero... Mirá, no te ofendas...

Yiya sabe que no tiene que poner cara de ofendida, simplemente dice que se le ha hecho tarde, se levanta y se va. Es inútil que Canión la abra y la alcance y le explique que no quiere verla enojada por una tontería, que comprende que nadie presta un auto a una persona que no sabe manejar, bien y que ni siquiera tiene



registro. Ella, sin dejar de irse contesta que se caga en el registro y que si él se olvidó de que ella es hija de un militar.

Yiya está cargada de odio contra todos los hombres, contra todas las mujeres y jura aplastarlos, vengarse de la incomprensión de la vida y no dejar que se burlen de ella.

Quedó en esa pequeña ocasión fue que Yiya decidió la muerte de Nilda. Ella vivía mucho mejor, en tres ambientes, y si no tenía auto no era porque no pudiera sino porque no le importaba. Lo concreto es que el sábado 10 de febrero de 1979, el médico Germán Denner, vecino de ambas, atiende a Nilda de urgencia porque está con fuertes dolores estomacales, náuseas y muy pálida. Le receta un colágeno porque ella le dice que ha comido pescado y él cree en una posible intoxicación. Nilda cuenta que Yiya había estado con ella para tomar un té, luego del almuerzo. Denner llama a Pamí y viene el médico de guardia; le receta antiespasmódicos inyectables y analgésicos y se va. Nilda vomita y siente un gusto amargo. Asustada llama por teléfono a su cuñada, Leonor Corti, quien la atiende hasta que viene una

enfermera y le aplica una inyección. Nilda se siente mejor y quiere levantarse. Allí presente, Yiya se ofrece para quedarse con ella y acompañarla.

Nilda se desmora notablemente y le pide a Yiya que llame a un médico. Pero ésta deja pasar un tiempo y llama a Alfredo Arona, un sobrino de Nilda; son las 2.30 del domingo. En 15 minutos llega el sobrino; Nilda ya está en coma. Inmediatamente intentan asistirlo pero Nilda muere. Yiya va en busca del doctor Denner para que firme el acta de defunción pero éste se niega porque no había atendido a Nilda y desconoce las causas de la muerte. ¿Sospechaba que era un envenenamiento? Entonces Yiya recurre al médico de la cochera Parandá que sí firma el acta de defunción por "paro cardíaco no traumático" luego de que los parientes hacen el pago del servicio más un agregado sustancial por el detalle de la firma, sobrepago que es práctica ilegal pero común en circunstancias de urgencia.

Yiya fue al velatorio y lloró.

EN LA ARGENTINA
EL SIMPLE HECHO
DE EXISTIR YA ES
UNA CORRUPCIÓN.
NO HAY AMIGOS, A-
PENAS SI CÓMPICES
TEMPORARIOS. Y ES
MUCHO DECIR. ES
UNA TRAMPA TENER
HIJOS PORQUE TRAI-
CIONAN Y ES UNA
TRAMPA CREEER
EN LOS PADRES.



Allí mismo, una pariente que había sido informada por Nilda de que estaba haciendo inversiones entregándole dinero a Yiya, la llamó aparte y cordialmente le preguntó si quedaba pendiente alguna liquidación a favor de Nilda. Yiya se mostró indignada y sorprendida por la doble intencionalidad de la pregunta.

—¿Cuál doble intencionalidad?

—El lugar. El lugar en primer lugar, no es éste el lugar para preguntarme esto. Y luego desconfiar de mí. ¡Si ella pudiera hablar se indignaría de esto! Por si no lo sabés, hace un mes que le he pagado al sobrino de ella la suma más grande que he pagado a nadie. A Alfredo Arona, andá, preguntale. Entre ustedes tienen que arreglarse. Yo devolví todo.

La pariente, otra sobrina de Nilda, sacó un pagaré de la cartera y se lo mostró a Yiya. Esta descendió el enojo —Ah, faltaba eso. Es poco, por eso me olvidaba. Apenas 60 mil. Mañana mismo te los pago. Si tuviera, ahora, pero no tengo encima, comprenderás ¿no?...

A pocos metros, Chicha, presente en el lugar para despedir los restos de la que había sido su amiga, contemplaba la escena sin sospechar que ella misma sería la próxima víctima.

Ambiciosa como casi todo el mundo, Chicha también se había depado fascinar por las tentadoras ofertas de Yiya y no había dudado en entregarle una respetable cantidad de dinero para que se lo administrara de acuerdo a las mejores posibilidades:

—Yo me confundo tanto... No sé si es mejor ponerlo a plazo fijo o comprar dólares o qué sé yo... Una amiga me dijo que pusieramos una sociedad alquilando un negocio para vender todas esas cositas importadas ¿viste?... Todos esos destapadores y chiches de colores y cubiertos y... ¿Sabés que hay como mil de esas cositas para la cocina? Mil variedades de cuchillos, de todo, todo lo que se puede hacer con un solo cuchillo, bueno, en esos negocios te venden un cuchillito para la manteca, otro para el pan, otro para la mesa, otro para la papa, otro... Es una risa. ¡Y la gente cae! ¿podés creer?... Hay gente para todo. Ven colores y se matan. Pero bueno, si da plata, ¿qué importa, no?

Un día de febrero, Yiya debía reintegrarle a Chicha 17 millones de pesos, producto de un préstamo inicial de 4 millones. Yiya se atrasó y Chicha se puso nerviosa. Yiya le prometió el dinero con más intereses para el 19 de ese mes y la invitó a tomar el té en la Confeitería del Molino. Se limaron asperezas. Chicha quedó tan confiada que postergó un viaje a Mar del Plata y confirmó que viajaría a Europa el mes siguiente. Iría con tres amigas y en la agencia de viajes dejó 200 dólares de seña.

El día convenido, Yiya fue a ver a Chicha por la mañana. No llevaba el dinero encima. Convenció a Chicha para que la acompañara a un lugar que nadie pudo determinar. Por la tarde, en tres oportunidades, Yiya fue nuevamente a buscar a Chicha a quien la portera no había vuelto a ver. ¿Quería dejar sentido que la estaba buscando? ¿Preparaba testigos? Luego de comprobar que nadie contestaba el llamado del timbre, la portera se ofreció para abrir el departamento de Chicha pero Yiya se negó. Esta retomó a la noche porque, según dijo, habían quedado en salir juntas con unos amigos al teatro Tabarís. Se hizo ver ante unos vecinos y se fue. Luego, delante de los amigos, llamó

a Chicha insistentemente por teléfono.

Tres días después, una vecina dijo que le parecía escuchar el televisor dentro del departamento de Chicha. El hecho le extrañó. Fue la Policía, echó la puerta abajo y encontraron a Chicha muerta, recostada en la cama frente al televisor prendido. En la cocina había restos de pescado y masas de confitería. El cadáver oía tan fuertemente fétido que ningún vecino intentó curiosear más allá de la puerta de entrada. El principal Waisman omitió la instrucción sumarial y presentó en la comisaría a Eduardo Soliz Campero, médico de la cochería Triglietto, quien firmó el certificado de defunción, causa: "infarto de miocardio no traumático".

Algo nerviosa, Yiya está sentada en la cama haciendo cuentas. Su marido camina por el departamento sin rumbo fijo. Ella se exaspera.

—¿Podés dejar de pasearte?

—Camino... para hacer ejercicios.

—Me molestás!... Andá a pasear afuera si querés hacer ejercicios.

Ignacia Linares, la muchacha, dice a Yiya que está el diarero en la puerta y viene a cobrar los diarios y las revistas del mes. Yiya se pone furiosa.

—¡Hoy se junta todo! ¿Es que este señor no puede avisar antes de venir? ¿Qué se cree? ¿Que una está a disposición de ellos cuando se les ocurre?... ¡Decile que pase otro día!...

—... Dijo que es la tercera vez que viene.

—Bueno, lo lamento mucho! Además hasta el 10 tengo tiempo para pagar...

—Es que hoy es 15 señora...

—¿Y a vos qué te importa?... ¿O ahora estás a favor de ese tilingo? El mando de Yiya le hace un gesto de tolerancia a Ignacia y le indica que él se encargará. Los dos salen del dormitorio y Yiya se queda hablando sola en contra de todo el mundo. Se calma y continúa haciendo números. Descubre que en poco tiempo más debe pagarle una alta suma a otra clienta que invierte con ella. Se llama Inés Seisedos. La primera vez le había dado 5 millones y en 6 meses Yiya le había devuelto el doble. Este gesto de prolijidad es utilizado por Yiya como un señuelo para que los inversores se animen, tomen confianza y luego inviertan sumas verdaderamente importantes. Así ha ocurrido con Inés

Seisedos. Tanto se entusiasmo que se animó a darle a Yiya 50 millones; ésta le prometió conseguirle un interés del 25 o el 30 por ciento y esto da una suma que a Yiya se le hace inalcanzable por más que junte un poco de cada lado. Yiya piensa que debe tomar una resolución mayor. En estos casos no hay que esconder la cara. Entonces toma el teléfono y la llama:

—¡Inés!... Sí... yo. Bien, che. Por suerte. Sí. No... No, no te preocupes por eso. Linda, sí, fue una fiesta encantadora. Todo muy fino. La gente muy amable... Sí, es otro mundo. Es gente de nivel, casi todos militares... No, no todos, economistas, ¿viste?... ¿No me digas?... ¿Quién se lo hubiera imaginado?... Así son las cosas en este país. Una es buena y... así pagan... Pero se va a arreglar todo... Por supuesto que no tengo ninguna duda. ¡Va a haber que hacerle un monumento

AMBICIOSA COMO
CASI TODO EL
MUNDO, CHICHA
TAMBIEN SE HABIA
DEJADO FASCINAR
POR LAS TENTADORAS OFERTAS
DE YIYA Y NO HABIA DUDADO EN
ENTREGARLE UNA
RESPETABLE
CANTIDAD DE
DINERO



a todos los militares!... Bueno, che... Sí... Claro. Para eso te llamaba... Todo bien. Por supuesto. No, estuve en las Cataratas del Iguazú. ¿Y qué querés que te diga? Todo precioso... No, yo ya conocía, esta es la cuarta vez que voy. De tanto en tanto me gusta descansar lejos, respirar otros aires... Sí, ja... oxigenarse... Eso. Vos quedate tranquila. Yo te aviso. Puede haber un atraso, pero es nada, no te preocupes... No, quedate tranquila. ¿Qué te parece si tomamos un té en El Molino? Te invito. ¿Mañana?... Bueno, está bien, pasado mañana. Cualquier cosita nos llamamos. Eso. Un beso, chau. Cuelga y vuelve a marcar. Habla con Cantón y modula su voz gruesa para hacerla sensual sin que se note demasiado. Promete bondades en la cama y anticipa una necesidad económica. Debe esforzarse en ser convincente porque Cantón hace un bache. Ella insiste y dice que ambos deben reconocer que su marido

merece ser tenido en cuenta en esta circunstancia especial ya que de ninguna manera es un problema. Y que ella, por más que no lo ama ni tiene relaciones con él, lo respeta como ser humano, que por algo es cristiana y que nunca hay que olvidar que también una puede en algún momento llegar a estar necesitada y éste es el momento de él, que no buscaría su ayuda, la de Cantón, si no fuera que las prótesis son tan caras, el puente, digamos. Lo convence a Cantón para que le dé un respetable préstamo y cuelga y vuelve a llamar. A López. Lo mismo. Cuelga. Marca. Llama a su prima hermana Carmen Zulema del Giorgio de Venturini:

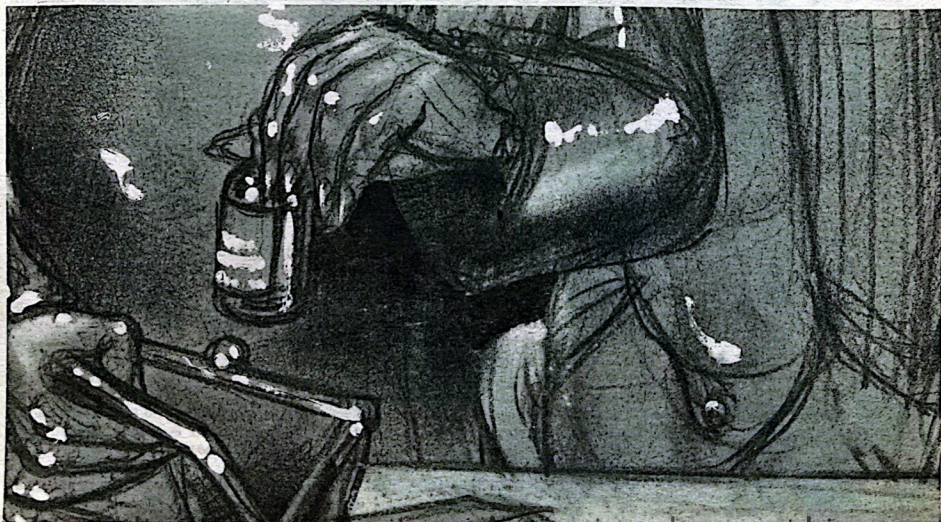
—Hola, ¿Mema?... Sí, yo. Todo bien. Sí. ¿No me digas? ¿Tanto?... No tenés que alarmarte. Al principio... Sí, sí... Sí... Sí... Sí... Sí... Sí, son todos iguales, sí... Sí... Sí... Mirá... Sí... Yo que vos no me hago mala sangre, ésos el día menos pensado caen... Sé lo que te digo...

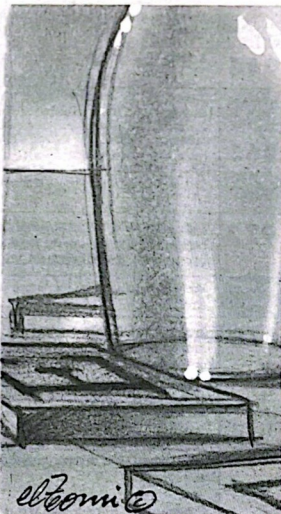
Bueno... No, te llamaba por lo nuestro. No, nada malo. Simplemente quería que nos reuniéramos para charlar tranquilas... Sí... ¿Cuándo vas?... ¿Qué te parece si voy y a la salida charlamos?... Sensacional. Bueno, nos encontramos allí, ¡la hora de siempre! Bárbaro. Ahí nos vemos. Chau, un beso...

Siete personas están alrededor de una mesa; en el centro, una copa invertida. Alrededor de la mesa, en los bordes, hay letras; todo el abecedario pero sin orden. Los participantes están muy tensos. Apagan las luces y solamente queda una que cae sobre la copa. Todos alargan el brazo y colocan el dedo índice sobre la base de la copa. Cuando terminan de acomodarse, emiten un suave sonido que intenta convertirse en una "A" prolongada y sin fin. Muy levemente la copa comienza a deslizarse por la presión de los dedos. La presión es muy suave, pero la copa es tan sensible que obedece cuando, sin saberlo, los dedos se ponen de acuerdo. Se desliza la copa, para uno y otro lado, casi muy insignificante-mente, al principio. Hasta que va adquiriendo seguridad y se mueve con resolución, como sabiendo que ha encontrado un camino. La copa se acerca hacia uno de los costados de la mesa y los que quedan lejos deben erguirse para estirar más el brazo y no despegar el dedo de la copa. Cuando la copa llega hasta la letra "M", paran los murmullos de la "A" alargada y los participantes hacen unos breves comentarios. Comienzan el juego nuevamente. Esta vez la copa parece encapricharse y tarda en decidirse. Esta indecisión hace que los participantes levanten la voz. Entonces la copa se deja llevar. Duda. hasta que se decide y alcanza la "U". Se alfoja la tensión.

Se hacen comentarios antes de continuar con el ejercicio espiritista. Yiya mira el vacío. Mujer excepcional, inteligentísima; en vez de separar, una: concurría todos los domingos a misa pero también se fascinaba por el espiritismo, era enérgica para defender la moral y las buenas costumbres al mismo tiempo que era capaz de cualquier cosa para conseguir lo que quería.

Continúa la experiencia. Ahora la copa se mueve como si estuviera sobre rieles aceitados. La letra es la "E". Luego sale la "R". Después la "T" y todos empiezan a





temblar de verdad, hablan poco. Se retraen entre sí. Una mujer joven quiere retirarse. En el rostro denota un miedo evidente. Le dicen que no se puede cortar la cadena y que todos están responsabilizándose, salga la palabra que salga. Un hombre, el que parece organizar la sesión, aclara que ahora puede aparecer cualquier letra y romper lo que todos suponen puede salir. Se ponen de acuerdo y los dedos otra vez se apoyan en la copa. Yiya no ha dicho nada. Está muy seria y casi no ha participado de la conversación anterior, siente que su dedo atrae a la copa, ve que los del otro lado de la mesa se levantan para poder seguir los movimientos. Yiya abre mucho los ojos porque sabe cuál es la letra que tiene frente a su pecho. A ella se acerca la copa, a la letra "E". La tensión del grupo se alaja de golpe. Lo que no quiere decir que estén tranquilos. Por el contrario, cada rostro parece de cera. Están duros, inexpresivos. Todos mirando la palabra que se ha formado: "MUERTE". No hablan. No se miran. Yiya es la única que tiene el rostro flojo, normal; es la única que no mira la palabra ni a los demás. Yiya observa a Mema sin que ésta se dé cuenta.

El 24 de marzo de 1979, Mema, a duras penas, consigue abrir la puerta de su departamento. Tambalea y cae, tiene la boca muy abierta como buscando aire, los ojos desmesurados y colgándole saliva de los labios. Se levanta tomándose de las paredes, quiere gritar pero no le sale ningún sonido de la garganta resaca. Vuelve a caer y queda quedando en el descanso del primero y segundo piso. El ruido ha sido notable y por ello aparecen vecinos. Uno de éstos es médico y le hace respiración boca a boca mientras llaman a una ambulancia. Sorpresivamente aparece Yiya. Se pone muy nerviosa al encontrarse con el cuadro desasistido de Mema. Se muere la mano y pregunta con insistencia: —¿Dijo algo?... ¿Va a vivir, doctor?... ¿Está muerta?... ¿Dónde están las llaves?...
Unos vecinos la reprenden por su insistencia, por no tener consideración por el mal momento de Mema. Le dicen que el departamento simplemente lo cerraron sin llave porque no saben dónde está, seguramente por allí adentro. Yiya entra al cuarto seguida de una vecina

y el portero, dice que busca una agenda para llamar a los familiares de Mema. Toma un frasco y un papel escrito y le dice al portero:

—Esto es mío y esta receta también.

Enseguida halla la agenda pero no llama por teléfono, hace como que se distrae y vuelve junto a Mema. Ha llegado la ambulancia y el médico atiende a Mema. Yiya pregunta en voz baja al médico si es necesaria la intervención policial y la autopsia del cadáver. El médico está sorprendido por el nerviosismo de Yiya y por su falta de tacto, le contesta: —Señora, por favor. Esta mujer está en coma terminal pero todavía vive...

Mema fallece en la ambulancia. La autopsia determina dilatación aguda en el corazón, edema agudo de pulmón y congestión visceral generalizada. En el velatorio de Mema, su hija Ana María le comenta al portero que del departamento desapareció un pagaré firmado por Yiya. El portero recuerda el detalle del frasco y la receta y lo menciona. Ana María, que está al tanto de todas las inversiones que su madre hacía con Yiya, le grita a Yiya que es una estafadora. Yiya se ofende y a su vez le grita: —¿Estafadora yo? Les firmo lo que sea.

Y firmó unos pagarés que ya no tendrían importancia para el futuro de nadie. Poco después, Ana María hace la denuncia a la Policía que allana la casa de Yiya encontrando solamente comprobantes de depósitos a plazo fijo por 80 millones en el Banco de Galicia. Yiya es detenida y juzgada, acusada del asesinato de sus tres amigas.

Yiya se declaró inocente; no dejó de repetir que tenía un hermano teniente coronel y que era hijo de un militar y que lo único que le preocupaba era la sujeción de su hijo. Sus amantes tropezaron en el juicio y, desilusionados, la dejaron a su propia suerte. El único que la acompañó fue el marido, quien mercedariamente festejó la absolución que llegó en 1982. El juez Angel Mercado dijo que no se había probado el vehículo por el cual Yiya suministró el veneno a las víctimas y que tampoco se habían encontrado restos suficientes de cianuro en la papilla estomacal de las víctimas, ya que lo hallado por los peritos era una cantidad normal.

Yiya juró ante el gran crucifijo de la sala que no había matado a sus amigas. Fue el 15 de junio. Pero apelaron en

su contra. Durante tres años, casi en retiro espiritual, Yiya vivió en el mismo departamento. El 16 de mayo de 1985 fue condenada a prisión perpetua por homicidio calificado y estafa, ya que se estimó que el cianuro fue puesto en vasos con agua como parte de remedios en los casos de Nilda y Mema, y en el té y masas, o en el pescado, en el de Chicha.

La visita más frecuente que recibió Yiya fue la de su esposo, que fue dejándose destruir y adelgazar más de 30 kilos hasta morir a los dos años de encierro de Yiya. De él, durante el juicio, había dicho que no era más que una alfombra, interesante imagen si se piensa en el Corán. En este libro, Mahoma califica de igual manera a las mujeres aconsejando a los hombres a que las traten así, como alfombras, pisándolas primero y dándoles, de tanto en tanto, una buena sacudida. Miserable propuesta de la religión y de un mundo que va cambiando. ¿Buscó Yiya un cambio? ¿Quién la llegó a conocer verdaderamente? ¿Su marido que le toleraba todo? ¿Su madre, puente entre una abuela jugadora y un mundo en desacuerdo? ¿Sus amantes, sus víctimas?

Presuntas víctimas, si es que se considera la contundente negación de Yiya acerca de su culpabilidad. ¿Y el rumor sobre su cuñado Rafael? Un pobre hombre, limitado en sus luces, enfermizo y sin futuro. ¿Qué hay de cierto en las sospechas que lo sindicaban muerto por envenenamiento? ¿Sabe alguien quién le enseñó a preparar el veneno? ¿Hubo, como afirman algunos, otras muertes que no fueron investigadas? Miles de interrogantes pueden sumarse y algunos tendrán una respuesta coherente, lógica; otros, seguirán navegando en la duda, en un mundo que se pierde en brumas, muy perpendicularmente hacia el infinito, dejando que nuevos misterios sorprendan e inquieten, cataloguen lo imputable y lo que no lo es.

Hoy, Yiya Murano vive en la cárcel de Ezeiza condenada a perpetuidad. Hasta hace un año su hermana Marta la visitaba, ahora sólo le escribe de tanto en tanto. Su hijo Martín nunca quiso saber nada de ella y menos ahora. Se dice que en la cárcel Yiya Murano es una líder, quizás haya encontrado lo que tanto buscó. Sólo ella lo sabe...

DE ABSOLUCION A PERPETUA



Escribe
Aníbal Ibarra*

El proceso contra María de las Mercedes Bernardina Bolla Aponiente de Murano, alias Yiya, tuvo gran difusión pública en su época y llamó la atención, entre otros motivos, porque la acusada jamás confesó sus crímenes. Pero antes de entrar en el análisis del caso es necesario hacer algunas precisiones que permitan abordarlo con más objetividad. En todo proceso penal existen dos posibilidades:

1) que el sospechoso o acusado permanezca en libertad mientras se sustancia la causa;

Sin embargo, luego de que el fiscal la acusara y la defensa postulara su inocencia, el juez tuvo a su cargo dictar la sentencia. Y si un juez duda sobre la responsabilidad penal de una persona necesariamente debe absolverla por el principio de que, en caso de duda siempre se debe estar a favor del reo. Frente a esa decisión judicial —que es provisoria porque la apelación del fiscal hace que el juicio continúe— la persona que se encontraba en prisión debe recuperar su libertad. Y así ocurrió con Yiya, quien pudo regresar a su hogar para esperar desde allí la decisión de

Ninguno de los Jueces dudó: todos, a partir de la gran cantidad de indicios, estaban convencidos de la culpabilidad de Yiya. Por eso se retiraron tranquilos a sus casas el día que firmaron la sentencia.

2) que cumpla prisión preventiva hasta que se decida si es culpable o inocente.

En nuestro sistema penal, la mayoría de los delitos permiten la primera alternativa (en otras palabras, son excarcelables) mientras que sólo los delitos graves niegan esa posibilidad. Y si bien esto último choca con el principio que establece que todo ciudadano se presume inocente hasta tanto una sentencia judicial no lo declare culpable, en estos casos se justifica la prisión preventiva porque, de lo contrario, nadie se presentaría voluntariamente a cumplir condenas graves.

En el caso que ahora nos ocupa, cuando hubo sospecha fundada de que Yiya podía ser autora de varios homicidios por envenenamiento quedó en prisión ya que la pena por un solo homicidio causado con veneno es la prisión perpetua y, por lo tanto, no es excarcelable.

la Cámara sobre su culpabilidad o inocencia.

Poco después, cuando Yiya fue citada por los camaristas para una entrevista sabía que estaba jugando sus últimas cartas y dijo que no pensaba esconderse o escaparse, lo que finalmente cumplió. La condena de la Cámara fue producto de un análisis a fondo de la causa porque lo que había que decidir no era poca cosa. Pero ninguno de los jueces dudó: todos, a partir de la gran cantidad de indicios disponibles, estaban convencidos de la culpabilidad de Yiya. Por eso se retiraron tranquilos a sus casas el día que firmaron la sentencia, pese a que era la primera condena a prisión perpetua que imponían desde que eran camaristas.

**El doctor Ibarra, actualmente dedicado a la práctica privada, fue secretario de la Cámara que condenaba a Yiya Murano a prisión perpetua.*

1930	María de las Mercedes Bernardina Bolla Aponiente de Murano, alias Yiya, nace en Corrientes.
1944	La familia Bolla Aponiente se instala en Buenos Aires definitivamente.
1953	Yiya se casa con Antonio Murano; al poco tiempo inicia una relación sentimental con Héctor Julio Cantón.
1963	La Murano incorpora como segundo amante a Rubén Henry López, un conocido de su adolescencia.
1966	31 de enero: nace Martín Murano, el hijo de Yiya.
1972	Según un familiar de la Murano, Carmen Zulema del Giorgio de Venturini, llamada Mema, entrega a su prima Yiya el dinero resultante de la venta de un departamento ubicado en Chile 621. Mema había heredado el inmueble.
1974	Muere la suegra de Yiya. Los Murano empiezan a tener dificultades económicas.
1978	Invierno. Nilda Gamba refiere a su sobrina, Graciela Arona, que había empezado a realizar inversiones a través de Yiya. La Murano tardaba en devolverle el dinero. Julio. Mema vende un departamento y entrega el dinero a Yiya. Más tarde hace lo mismo con un auto. 14 de julio. Esta fecha, hallada en una anotación de Lelia Formisano de Ayala, llamada Chicha, da cuenta del inicio de "algo" que deja un interés del 20 % mensual. Octubre. Vence el primer plazo para que Yiya devuelva a Mema 20 millones de pesos. 7 de diciembre. Mema escribe una carta a su hija Diana María Venturini de Bruniard, donde dice que Yiya había depositado un cheque por la suma que le adeudaba. La Murano le había mentido.
1979	10 de febrero. Nilda Gamba se descomponen. Yiya está de visita. Luego de ser asistida por dos médicos, Nilda mejora y queda a solas con Yiya. Gamba vuelve a descomponerse; la Murano no llama a un médico. Nilda muere a las 2.45 del día siguiente. 19 de febrero. Yiya debe reintegrar a Chicha 17 millones de pesos, resultado de un préstamo inicial de 4 millones. El pago no se cumple. Durante el juicio, Yiya declaró que había entregado a Chicha 25.000 dólares. Esta suma, al tipo de cambio de entonces, superaba en unos 10.000 dólares el monto de la deuda. Yiya y Chicha salen a la mañana del departamento de la víctima, a quien no se ve más. Se cree que Chicha muere ese día entre las 12 y las 14.30. 22 de febrero. Chicha es hallada muerta en su departamento. El médico Eduardo Soliz Campero certifica deceso por infarto de miocardio no traumático. En el departamento hay masas y restos de pescado. 24 de marzo. Mema Venturini se desploma al salir de su departamento. Llegan varios vecinos, el portero y Yiya. La Murano trata de evitar la autopsia. En el velatorio, Diana, hija de Mema, comenta al portero la falta de un pagaré por 20 millones de pesos firmado por Yiya. 27 de marzo. Yiya debía haber entregado a Mema los 20 millones de pesos o un departamento sobre la calle Sármiento. 18 de abril. Se hace la autopsia del cadáver de Mema. Se halla gran cantidad de ácido cianhídrico. 24 de abril. Yiya Murano es detenida por la Policía. 12 de junio. Dictan a Yiya la prisión preventiva.
1980	28 de abril. Yiya es operada de urgencia de un tumor cerebral en el hospital Pirovano luego de sufrir una hemorragia en la cárcel.
1982	15 de junio. El juez Angel Mercado absuelve a Yiya, quien vuelve a su domicilio anterior. Se apela la medida.
1985	16 de mayo. Yiya Murano es condenada a prisión perpetua por homicidio.

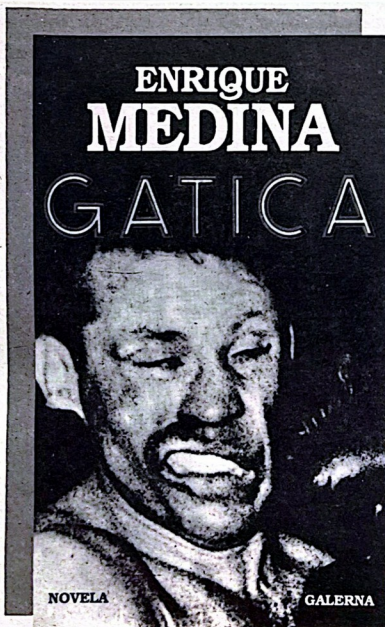
CERDOS & PECES

LA MASACRE DE PEKIN

VIDA DE CAMARINES
IDENTIKIT DE UN SOSPECHOSO
JIM MORRISON Y LOS SORETES
LOS PSICOPATAS
EL TELETEATRO DE LOS CELOS

REPORTAJES A: MIGUEL A. SOLA/ LALO MIR/
LA SECA/ LOS CABALLEROS DE LA QUEMA

LA REVISTA DE ESTE SITIO INMUNDO



EL LIBRO DEL AÑO

- 300 páginas
- Con ilustraciones

Editorial Galerna

M. T. de Alvear 3741

Tel. 71-1739

G a c i o n

CODICIA

ODIO

MENTIRA

SEXO

ESTAFAS

VENENO

TRAICION

DESPRECIO

LUJURIA

DINERO

ENVIDIA

"La madre no se elige"

ENTREVISTA A MARTIN MURANO

La cita fue un sábado a las 20 en el bar de la esquina de su casa, la misma en la que vivía junto a sus padres cuando sucedieron los hechos y donde ahora vive junto a su joven esposa. El cronista llegó apenas unos segundos antes al antiguo bar "Primer de Mayo", ahora rebautizado como "Confitería Azteca". Martín es un urso de 1,95, pelo castaño claro y barba recortada: el arquetipo del deportista. A los 25 años, luego de haber jugado al basquet en la primera de San Lorenzo, de haberse consagrado campeón nacional de karate y taekwondo varias veces, se ha convertido en uno de los mejores "dobles" de cine y de televisión, esto es, personas que

suplantán a los protagonistas en las escenas de riesgo. Serio, parco, contenido, inusualmente franco aunque reservado, Martín parece haber cumplido a rajatabla con un deseo de su madre, quien, al finalizar una de las audiencias del juicio, exclamó: "Yo ya estoy condenada, solo quiero que mi hijo pueda apartarse de todo esto". Hasta el punto de que en los últimos cinco años ha ido a visitarla tan sólo un par de veces al penal de Ezeiza. Durante el juicio, Yiya acostumbraba jurar "por Dios, el crucifijo y mi hijo, que es lo que más quiero, que soy inocente y saldré de todo esto con la frente bien alta así pasen cien años". Martín no tomó en serio tales declaraciones. Los psiquiatras forenses que examinaron a su madre le dieron la razón: lejos de tamaña profesión de amor, en privado, Yiya se refería a su hijo como al "chico".

En todo momento, Martín demuestra mucho cariño por la memoria de Antonio Murano. Apenas hay una tenue ambivalencia cuando dice: "nunca me parecí en lo más mínimo a mi madre, por suerte, y tampoco a mi padre, que no tenía ningún carácter". El cronista no pudo evitar la pregunta: ¿Por qué tu madre dijo en el

juicio que vos eras hijo del geólogo Rubén Henry López? Martín entrecierra los ojos. "Para mí, mi padre es y será siempre Antonio Murano, aunque, si te interesa, te diré que mi padre biológico fue otro, aunque no López. Yo lo vi solo una vez pero era mi vivo retrato. Tal como supongo que seré yo de viejo".

Según Martín, cuando su padre llegó a la conclusión de que Yiya lo engañaba, no pretendió ejercer sobre ella una autoridad de la que no estaba dotado, simplemente dejó de tener vida sexual y se limitaba a dejar constancia cada tanto de que reprochaba el modo de conducirse de Yiya. Ni uno ni otro estaban durante el día en la casa, lo que facilitaba que no hubiese grandes discusiones. Cuando sospechó que entre ella y el médico Cantón había algo poco claro, únicamente pidió que dejara de visitarlos. Tampoco Martín permanecía en el departamento más de lo imprescindible, pues desde muy pequeño se consagró en cuerpo y alma al deporte. Así las cosas, quien oficiaba de nexo entre los miembros de la familia era la doméstica, Ignacia Linares,

"Nunca me parecí en lo más mínimo a mi madre, por suerte, y tampoco a mi padre, que no tenía ningún carácter. Para mí, mi padre es y será siempre

Antonio Murano, aunque mi padre biológico fue otro."



Lugar donde nació (Corrientes). / Edificio donde vivió y murió a Nilda Gamba. / Silueta de Martín Murano.



quien en 1979 ya llevaba diez años en la casa. Martín se ha desentendido de la suerte de su madre pero no de la de Ignacia, quien aún hoy, aunque hace ya tiempo que no vive allí, acude dos veces por semana para realizar distintas tareas.

Martín cree que su madre no desarrollaba sus actividades sin que otros las conociesen. No tiene dudas de que otros compartían la avidez de Yiya por el dinero y la secundaban en sus manjones. También cree que alguien le enseñó a dosificar el cianuro, aunque se niega a decir de quien sospecha. "Mi madre era muy avarasadora por lo que no tenía amigos sino seguidores", puntualiza Martín.

Contra toda lógica, Martín niega que la tragedia lo haya tiznado. "Yo no me daba bola con mi madre desde mucho antes de que pasara lo que pasó y tampoco nos llevamos el apunte después, cuando ella regresó en libertad, antes de ser nuevamente condenada", dice. "Me han llegado muy pocas noticias de cómo es su vida en la cárcel de Ezeiza. Según dicen, ni lee ni hace ejercicio. Simplemente vegeta". Luego agrega: "Seguí todo lo que pasó como si no me atañera porque en verdad pienso que no me atañe. Lo que sí, esta historia me jodió en el plano laboral, pero aun así ni quise cambiarme el apellido ni buscame un seudónimo artístico, como tantas veces me sugirieron. De mis padres sólo heredé este departamento, el resto lo he hecho yo. No me va mal, me casé hace poco más de un año, me gusta lo que hago, me compré otro departamento y un carro kilómetro. La madre no se elige y si Dios existe, sólo tendré que rendirle cuentas por mi vida".

Dentro de unos días, Martín será atropellado por un camión en la escena de más riesgo que hasta ahora se ha rodado para "Detective de señoras", la serie que emite canal 13 los martes por la noche y en la que él es responsable de todas las escenas de acción. Porque se entrena concienzudamente para ello, Martín dice que no tiene miedo, aunque ha tenido que acostumbrarse a las fracturas; hasta ahora tuvo alrededor de una docena. "Hacer este trabajo en un país subdesarrollado es más arriesgado", explica, "en Estados Unidos, si saltás de un cuarto piso, caés sobre un colchón de espuma de poliuretano; acá te tenés que tirar sobre una pila de cajas de cartón".

Martín tiene muy buenas relaciones con quienes viven en el mismo edificio. Es considerado como un tipo "bueno y muy solidario". Las vecinas que lo vieron crecer lo adoran. No dudan en recurrir a él ante cualquier emergencia y los martes por la noche siguen atentas las escenas de riesgo que desempeña por la televisión.

"Altanera, perversa y paranoica"

INFORME FORENSE

Los psiquiatras forenses que examinaron a Yiya Murano describieron su personalidad como "polifacética, en la que se destacan componentes histéricos, paranoicos y perversos". Los doctores Lydia Corlecci, José María Vayo, Jorge Perea, Roberto Lezcano y Avelino Do Pico presenciaron además, algo para nada habitual, la declaración indagatoria que tomara a la acusada el juez Diego Peres y produjeron un extenso informe de 25 páginas. Fuera de una leve hipertensión, Yiya, una excelente nadadora, gozaba de buena salud.

Una operación de hemorroides y otra de cirugía reparadora para remediar las secuelas de aquella, fueron algunas de las escasísimas ocasiones en que había consultado a un médico. Tampoco había recibido jamás atención psicológica, aunque sí era muy afectuosa a consultar mediums y videntes. Su electroencefalograma fue normal; sólo dio cuenta de una leve hiperventilación.

Yiya dijo a los forenses haber tenido la primera menstruación a los 13 años y relaciones sexuales normales con su marido, Antonio Murano, "hasta que la pasión se enfrió". Aseguró haber planificado con Murano el nacimiento de su hijo Martín, aunque explicó que luego no quiso tener más hijos "por temor a cómo vendrían". Ella misma se definió como "activa y emotiva, ni depresiva ni introvertida" y, tras jurar por enésima vez su inocencia, ase-

guró a los facultativos que en su relación con las víctimas jamás había tenido intenciones de lucro; "mi familia me daba todo el dinero que yo le pedía", aseguró. Según

"Humilla a cuantos la rodean. Quiere con frenesi

u odia con pasión. Pune entusiasmo febril

en sus actuaciones o las desarrolla bajo un manto

de indiferencia. Va de la abnegación al egoísmo."



Antes de la condena

Yiya, sus actividades financieras ocultaban el propósito de hacer donativos a sus amigos; dijo al respecto: "era una manera de agradecerle a Dios todo lo que yo tenía". Tras entrevistarla en distintas oportunidades y someterla a una batería de tests, los psiquiatras caracterizaron a Yiya como "de tipo longilíneo asténico, porte arrogante, actitud altanera y competitiva" y vertieron sobre ella distintos juicios de valor: desde que mostraba "un orgulloso desafío", pasando por que se creía "sumamente hábil", era "desprejuiciada" y gustaba "impresionar", hasta que hacía derroche de "ironía y de sarcasmo". Destacaron asimismo su permanente voluntad de conducir ella las entrevistas a través de distintas mañas, por ejemplo preguntando o cambiando de tema.

Desde el punto de vista de los psiquiatras forenses, Yiya tenía un nivel intelectual medio aunque dotado de un pensamiento vivaz gracias a una buena capacidad de asociación de ideas; "aparenta más del que posee porque es exquisitamente perceptiva", señalaron. En el Informe se la describe como "fría e impulsiva", una "psicópata seductora" inclinada a tergiversar y distorsionar los hechos. "Es llamativo el escaso compromiso afectivo genuino [que tiene la Murano] con el contenido de sus relatos", dicen los forenses, quienes luego señalan que Yiya utilizaba su discurso "más para confundir que para informar", propósito que no siempre podía lograr pues, a pesar de su "gran ambición", no resultaba "del todo eficaz en la práctica".

No cabe duda de que Yiya tenía una lengua afilada. De la última de sus víctimas, Mema, dijo: "Era amiga de gente rara, de travestis, le daba a cualquiera la llave de su departamento". De Diana Venturini, la hija de Mema: "Es una muchacha vieja que siempre me odió y envidió". Del portero de la casa de Mema, Antonio González, quien la acusaba de haberse llevado un papel y un frasco del departamento de Mema, dijo, despectiva: "... que puedo decirte de él: es el portero.

1985: "Si vuelve a la cárcel estaré muy solo"

"Está triste, casi destrozado. Por más que lo disimule, no puede ocultar las profundas ojeras, producto de una semana difícil, angustiante, la semana en que condenaron a su madre a cadena perpetua". Así describió a Martín Murano en mayo de 1985 la revista AHORA. Durante el reportaje, Martín Murano insistió en la inocencia de su madre, "Si no fuera así, decía, se hubiera ido del país. Ella estuvo tres años y cuarenta y siete días en prisión. Si hubiera tenido algo que ocultar, directamente se iba y no volvía nunca más. Sin embargo se quedó y está enfrentando todo. Yo sé que es inocente y no entiendo esto que pasa. No sé por qué está pesadilla". Por toda respuesta, afirmaba AHORA, Yiya -presente en la entrevista- lo miró orgullosa y le dio un beso. "Su hijo, el único, permanece fiel", observó la periodista.

En ese entonces, Martín pensaba que Yiya era "buena, como toda madre" y aseguraba que el vínculo familiar se mantenía "íntegro". Al referirse a su padre, lo describía como "un tipo fuerte y entero que tampoco tiene dudas sobre la inocencia de mamá". Acusaba a la prensa de haber publicado "mentiras", como por ejemplo "una separación que nunca existió". También negó haberse recluso y, aunque parecía sorprendente, que el hecho hubiera afectado su "vida privada".

Hoy, el mismo Martín Murano, que en 1985 defendía con vehemencia a su madre y afirmaba sentir "mucho dolor", declara su indiferencia. Es difícil explicar este cambio, del que no quiere hablar, Quizás en aquel momento Martín ocultara sus verdaderos sentimientos para no herir a su padre, recientemente oprimado del corazón. Otra clave puede estar en que en las últimas frases del reportaje: "Supongo que si ella vuelve a la cárcel estaré muy solo y tendré que salir a pelear sin el apoyo que tiene cualquier chico de mi edad". Aquel Martín de 19 años se quedó solo y pudo salir adelante. Posiblemente, una vez que lo consiguió, seguro de sí mismo, comenzó a ver las cosas de otra manera.

Con eso está todo dicho. Se la pasaba con un balde y un trapo todo el día y ahora, con toda la publicidad que le han hecho los periodistas, se cree el Sha de Persia... es otro que me acusa por envidia. Es que yo estoy muy por encima de la gente mala y envidiosa".

Resaltando "argumentos" semejantes y basándose en las conclusiones de los tests, los psiquiatras forenses dictaminaron que Yiya tenía una débil capacidad integrativa, una tendencia a negar la realidad y un pensamiento primitivo subyacente; que era egocéntrica, narcisista, tenía conflictos psicosexuales con índices de perversión y escasos intereses humanos y sociales. Dice el Informe: "Humilla a cuantos la rodean (...) quiere con frenesí odiar con pasión. Pone un entusiasmo febril en sus actuaciones o las desarrolla bajo un manto de indiferencia. Va de la abnegación al egoísmo y así siempre, siempre inoportuna, fuera de momento, lejos de la disposición más adecuada o del tono medio". Según los forenses, las mujeres como Yiya "generalmente son frías, y esto les permite jugar al amor, creando ilusiones y destruyendo afectos entre terceros".

Los psiquiatras que la examinaron la definieron como mentirosa, y aclaran que miente "por gusto, para hacer daño, o simplemente por necesidad". En las conclusiones del Informe, se señala que Yiya es propicia a la multirrecidencia. Para los forenses, se trata de una persona que "tiende a aplastar a quien determinan sus adversarios (los que no la aplauden, los que no la adulan, los que se oponen a lo que diga o haga), a avasallarlos para, si es posible, luego utilizarlos indefensos".

"Nos hacía reír"

De entre los familiares de Yiya, nadie quiso defenderla. Ni siquiera su hermana Marta, la única que hasta hace un año la visitaba en la cárcel de Ezeiza y que ahora solamente le escribe. Sólo una joven que compartió con ella numerosas reuniones y pidió que su nombre no fuera divulgado, la recordó.

-Nos hacía reír.

-¿Era bromista?, irónica, desenvuelta?

-Sí, pero no era por eso que nos divertía. Nos reíamos de ella.



Aquí yace su primera víctima.

Como los vecinos, quienes la recordaban por sus "vestidos ampulosos, sus dijes tintineantes, sus cadenas y pulseras, sus capelinas y sus aires de marquesa", algunos de sus familiares no la tomaban muy en serio. Conocidos los hechos, se alarmaron. Las tendencias estrafalarias y los gestos desmedidos de Yiya dejaron de causar gracia para transformarse en las señales que hubieran permitido descifrar una historia siniestra. "Una a una, fuimos desmenuzando las situaciones que pasamos con Yiya -cuenta la joven- pero no llegamos a ninguna conclusión; nada en ella hacía prever la tragedia".

Cómo mata el cianuro

UN SABOR A ALMENDRAS AMARGAS

La ingestión de cianuro de sodio o potasio es de uso frecuente entre los suicidas. Una dosis de 150 a 200 miligramos causa la muerte de un adulto, por lo general en menos de una hora. En casos de sobrevida son factibles secuelas principalmente neurológicas, como el mal de Parkinson y hemiplejías. El cianuro mata porque al contacto de los jugos gástricos se transforma en ácido cianhídrico e impide la llegada de oxígeno a las células. Este ácido es incoloro y posee un fuerte gusto a almendras amargas. Su ingestión directa acelera el

deceso. Se lo emplea en las cámaras de gas (por ejemplo, en Estados Unidos), donde 2 ó 3 respiraciones de 10 dosis letales causan la muerte, a lo sumo, en 15 minutos. Si se ingieren dosis menores, los cianuros se convierten en carbonatos y pierden su poder letal.

Bajo condiciones especiales de dilución y maceración, el ácido cianhídrico puede aparecer en almendras, laurel, peras de Java, mandioca amarga, ciruelas, duraznos y cerezas, ya sea en cociones o elaboración de licores. También es posible su presencia en el lino, el sorgo y otras plantas forrajeras, lo que provoca intoxicaciones en el ganado.

El envenenamiento por cianuros o ácido cianhídrico ocasiona irritación de las mucosas y demás zonas de contacto, salivación, constricción de la garganta, confusión,

vértigo, cefaleas, angustia, taquicardia, convulsiones y palpitaciones. Después, respiración lenta, coma y congestión visceral generalizada. La piel se torna rosada. Ninguno de los síntomas es privativo de una intoxicación, por lo que el diagnóstico no resulta fácil.

El cianuro, el ácido cianhídrico y otras sustancias del grupo se utilizan en el lavado, pulido y cementado de metales, manufactura de goma sintética, fotografía, colorantes, producción de hule, fertilizantes y, ocasionalmente, plaguicidas. Por lo tanto es fácil su adquisición en el circuito comercial.

La inhalación o contacto de pequeñas cantidades en forma repetida ocasiona en los trabajadores anemia crónica y problemas de piel. Es improbable, no obstante, la absorción de dosis letales por vía cutánea.

Antes del quirófano, una carta desafiante

PARA ABRIR EN CASO DE MUERTE

Pocos meses después de su detención, Yiya comenzó a sentir los primeros síntomas de una grave enfermedad. Padecía fuertes dolores de cabeza y manifestaba malhumor. Sus compañeras de pabellón de la cárcel de Ezeiza notaron el cambio de su personalidad: usualmente extrovertida, se había tomado huraña. Los análisis que le realizaron en el hospital del penal permitieron diagnosticar la existencia de un aneurisma o tumor sanguíneo en el hemisferio cerebral derecho. Casi inmediatamente después, una hemiplejía paralizaba prácticamente en su totalidad el lado izquierdo de su cuerpo.

El agravamiento del estado de Yiya motivó su traslado al hospital de la Unidad Carcelaria de Villa Devoto, donde se comprobó, luego de varios exámenes, que la enferma requería una importante intervención quirúrgica.

Como imposible de llevar a cabo en esas instalaciones. Uno de los profesionales del penal, que integraba el cuerpo médico del hospital Pirovano, sugirió su intervención en ese establecimiento. Para recibirla, se montó un impresionante dispositivo de seguridad. Quienes la atendían, no aaventaban un pronóstico favorable: la vida de Yiya corría serio peligro.

Fue en ese momento, horas antes de ingresar al quirófano, que decidió escribir una carta, en contra de las severas indicaciones de los médicos. El sobre debía ser abierto únicamente en caso de su muerte. Sin embargo, días después de la operación, su contenido trascendió a la prensa. El siguiente es su texto completo:

"He leído que el mar tapa los errores de los marinos, así como la tierra los de los médicos.

Me pregunto si alguna vez, alguna muerte no servirá para tapar errores judiciales y policiales."

Los hombres de Yiya tuvieron diferentes actitudes cuando ésta cayó en desgracia. Por algún motivo, no del todo claro -lo maltrataba, lo despreció durante el juicio-, Antonio Murano nunca dejó de apoyarla. Desde el principio sostuvo que Yiya era inocente; después, la visitó en la cárcel, hasta que, luego de adelgazar 40 kilos, murió. Hay quien sostiene que Antonio habría sido cómplice de su esposa, pero estas sospechas nunca fueron confirmadas.

Durante el proceso, Yiya alegó que esperaba préstamos de Héctor Julio Cantón y Rubén Henry López, sus dos amantes para pagar las deudas. Ante el juez, ambos negaron haberle prometido o suministrado suma alguna de dinero.

Llamados para llevar a cabo un careo con la imputada, ambos sostuvieron su posición no obstante las acusaciones y reanimaciones que les hizo Yiya. A Cantón, le gritó: "Vos me diste durante tu vida cantidades astronómicas", el dijo: "Solo le di para cosméticos, taxi, pagar el gas, nunca de importancia". Dolido, Yiya recordó: "Vos me decías que gastabas fortunas conmigo".

A López, le dijo: "Parece que todos se han puesto de acuerdo. Me extraña que vos digas eso, tan luego, porque vos el padre verdadero de mi hijo". El permaneció impassible. Yiya lloró: "Que ese Cristo me condene si miento. No quiero hacer más declaraciones. Que me condenen si quieren. Basta..."

Autoridades judiciales, policiales y opinión pública.

"Yo, María de las Mercedes Bernardina Bolla Aponte de Murano, internada en el hospital Pirovano, en plenitud de mis facultades mentales y al borde de mis fuerzas físicas, con mi salud quebrantada después de un largo año de detención, sin motivo, habiendo soportado difamación, agravio, persecución e injusticia y en previsión de que la muerte me alcance antes de llegar a probar mi inocencia y en salvaguarda de mi honor y el de los míos, injustamente afectados, por difusión de calumniosas noticias, juro ante el Altísimo, ante quien todos lo que me han denigrado deberán rendir también cuentas, mi total y absoluta inocencia, he leído en algún lado que el mar tapa los errores de los marinos, así como la tierra los de los médicos, me pregunto si alguna vez, en algún lugar, y en algún caso, alguna muerte no servirá para tapar errores judiciales y policiales"

Yiya
María M. Bolla de Murano
6/5/80

En la mañana del 20 de mayo de 1980, un equipo de especialistas dirigidos por el doctor Suárez Rivera practicó la intervención, que se extendió por espacio de varias horas. La paciente permaneció algunos días en la sala de terapia intensiva, durante los cuales el peligro no desapareció totalmente. Con la cabeza vendada, sufrió dificultades para abrir el párpado izquierdo hasta que se reabsorbieron totalmente los hematomas dejados por la operación en la masa encefálica.

La visitaron, según se cuenta, su marido, su hijo Martín, su hermana Marta y su abogado defensor Mario Soaje Pinto. Poco después, y a pesar de la gravedad de su afección, Yiya se recuperó completamente. La esperaban todavía capítulos decisivos y sorprendentes de su historia.

"Hubo más asesinatos"

ENTREVISTA A JOSE MARIA ORGEIRA



unque el doctor José María Orgeira, abogado de la acusación, se escudó en un seco "no es ético hablar mal de un muerto" y se negó a confirmarlo explícitamente, la reputación del juez Angel Mercado en los pasillos del Palacio de los Tribunales distaba de ser buena. "Era bastante bruto", dicen los más benévolos. "Para que no se le venciesen los plazos procesales solía redactar las sentencias antes de que se conocieran los alegatos", dicen los más insidiosos. Profesor de Derecho Penal desde 1968, juez en lo Criminal de

Instrucción entre 1973 y 1977, autor de numerosas publicaciones y artículos académicos y periodísticos, Orgeira tuvo una destacada actuación como defensor del ex general Roberto Viola durante el juicio que siguiera el Estado a los integrantes de las primeras tres juntas militares del llamado "Proceso de Reorganización Nacional".

La actuación del doctor José María Orgeira y su asociado Jorge Fraquero Frías fue determinante para que el proceso a Yiya siguiera luego de que el juez Angel Mercado dictara en 1982 la absolución de la Murano. En diálogo con *Delitos y Castigos*, el doctor Orgeira rememoró las características del caso:

"Yiya nunca confesó sus crímenes porque el juez Diego Peres impuso muy severas medidas para impedir cualquier tipo de apremio. Fue esto lo que posibilitó que ella se mantuviera en sus trece. Yo no estoy a favor de los apremios, pero es obvio que sin ellos

muchos delinquentes jamás confesarían. Con la confesión en la mano, la Policía casi nunca tiene mayores inconvenientes en reunir las pruebas.

"Por entonces, los apremios eran moneda corriente. Las amplias garantías procesales de que disfrutó Yiya fueron una excepción. Incluso una vez, una colega quedó muy impresionada porque se la encontró dentro de la sección Homicidios de la Policía Federal sirviendo café a las visitas.

"El ya fallecido juez Angel Mercado la dejó libre basándose en un informe de los médicos forenses en el que las cantidades del iocinato de cianuro y el ácido clorhídrico aparecían invertidas, de manera que parecía que las concentraciones de veneno eran muchísimo menores. El cianuro se descompone en ambos elementos dentro de las vísceras y, pasado un tiempo, éstos se degradan, razón por la cual no pudo probarse a Yiya la autoría de otros asesinatos, que en mi fuero

"Yo no estoy a favor de los apremios, pero es obvio

que sin ellos, muchos delinquentes jamás confesarían.

Con la confesión en la mano, la policía casi nunca

tiene inconveniente en reunir las pruebas."



José María Orgeira, abogado acusador

intimo creo que existieron. Yo no recuerdo quiénes eran: si que uno era un primo de ella, escribano para más datos, y el otro su cuñado Rafael Murano."

"Para lograr la condena de la Murano, el mayor obstáculo que tuvimos fue que, por razones de costumbre, culturales, los jueces argentinos son muy reacios a dictar sentencia en base a pruebas

bas indiciarias, lo que se llama en nuestro lenguaje 'mudos testigos'. Otra dificultad la provocó la pésima costumbre de los médicos de las funerarias de extender certificados de defunción sin examinar los cadáveres más que superficialmente, a veces sin verlos siquiera.

"Estoy convencido de que, tal como están las cosas, asesinar a una persona con veneno es algo bastante fácil, pues salvo que haya denuncia, es improbable que los médicos detecten el envenenamiento a simple vista. La venta de cianuro es libre: en las droguerías sólo exigen que el comprador rellene un formulario y consigne su número de documento, por lo que no vale la pena preguntarse de dónde sacaba el veneno Yiya. Aún así, la mayor parte de las muertes por envenenamiento que son detectadas tienen como agente el talio o el fosfeto, el componente activo de los ratiscos. Yo llevé un caso muy espinoso acerca de la muerte de un matrimonio en el que, como había pasado cierto tiempo, jamás se pudo determinar quién fue el asesino, aunque los mayores sospechosos eran una hija y la mucama.

"Por las pocas noticias que tengo Yiya continúa siendo un personaje dentro de la cárcel y se distingue de las demás reclusas por estar siempre muy arreglada. Dicen que allí cocina... No sé, lo cierto es que no me gustaría que ella me sirviese un café."

EL VENENO

ES MAS PROLIJO

A

ntes del nacimiento de las ciudades —sueña el historiador Michelet— y mientras los hombres sirven al señor del castillo o se hacen la guerra por tierras de otros, las mujeres permanecen largo tiempo solas.

Entre el barrido de la choza y la cocina de algún plato exiguo se dan en observar la naturaleza que está, mucho más cerca que los libros, allí en el marco de la ventana.

Poco a poco van advirtiendo con qué se purga la liebre, cómo el aroma y el olor de ciertas plantas aleja al venado o lo obliga a dar un rodeo, la relación entre el parto prematuro de una zorra y cierta maleza que crece en el fondo de su cueva.

Audaces por aburrimiento o bien seguras de sus hipótesis, hacen menajes, se los beben o untan con ellos sus cuerpos desnudos. Soportan con alarma las fiebres y con malicia gozosa las alucinaciones. Michelet, de pluma adornada y zalamera, festeja el origen autodidacta de las brujas.

Claro que prefiere llamarlas con otros nombres: homeópatas, protopsicólogas, chamanas, doctoras de amor, sabias de transmisión oral —y de mujer a mujer— en conocimiento terrestre. Si hasta el mismo sabio Paracelso confesó que toda su ciencia era hija de las hechicerías. Si los hombres de la Inquisición se saturaron de estas luminarias fue a causa del crecimiento desproporcionado de su poder, hecho de bebedizos, restos animales y piedras raras, sobre todo de sabias y seductoras palabras adquiridas en años de meditación y cultivo de la paradoja a las que tanto se presta la vida en el bosque.

Con esta teoría —para muchos discutible— Michelet se transformó en uno de

los primeros colaboracionistas sexuales: el feminismo de los años sesenta levantará a las brujas como las precursoras de la autonomía femenina.

¿Y quién de esas castigadas no conocía el corazón de estricnina que tiene la nuez, las puertas de la percepción que tan tarde se les abrieron a Los Beatles (L.S.D.), tan fáciles de poner de par en par con el beleño, la dulcamara o la belladona?

Quien envenena y es mujer, amén de cometer un crimen, sigue una tradición. ¿Cabe decir legítima?

Detrás de María de las Mercedes Aponete están Lucrecia Borgia y Moriana, aquella del romance: *"¿Qué me diste Moriana? / ¿qué me diste en este vino? / las riendas tengo en la mano / y no veo mi rocina."* (La pócima que mató a su amante era una mezcla bien molida de acero, tres onzas de solimán, un par de ojos de víbora y sangre de alacrán vivo.)

Quien envenena y es mujer, amén de cometer un crimen, sigue una tradición. ¿Cabe decir legítima? Detrás de Yiya Murano están Lucrecia Borgia y Moriana.

Esta María Jesús Comejo, que allá por 1777 envenenaba viudos ricos y luego purificaba el cuarto frotando una gallina por las paredes. (Según el libro de Daniel Granda *Supersticiones del Río de la Plata*). Y miles de condenadas a la hoguera como Lizalda, experta en encantar la "puerta sagrada" para evitar el embarazo y narcotizar amantes. O la Murgui, que dejaba en la nalga de los varones la señal del diablo. Mujeres que eran todo lo que Michelet decía, pero también especuladoras y usureras. Rara vez en los papeles de la Inquisición están ausentes los cargos de estufa o timo bajo la fascinación bruil.

Será por eso, porque tenemos esa escuela, que, de acuerdo a las estadísticas

del Segundo Curso Internacional de Criminología de Verdún, las mujeres, cuando matamos, preferimos el veneno.

Si la ocasión hace al ladrón, otro tanto debe pasar con el asesino. Una dosis de paration es más accesible para un ama de casa que el manejo de una Luger. La preferencia también puede explicarse por lo que cae de su peso: el veneno es el más eficaz elemento criminal con que puede fraguarse un crimen de muerte natural. Entonces se vuelve ideal en los casos en que el criminal quiere apropiarse de herencias o encubrir objetos o dinero robado (de acuerdo con Resten, en su *Caracterología Criminal*, éstos son los móviles que más tientan a las mujeres cuando matan por interés, lo que es imposible con el robo a mano armada).

Hasta acá el sentido común. Pero podemos, a riesgo de pecar de humor negro,

intentar otra hipótesis: la elección del veneno forma parte de una estética del crimen. Impone la distancia: nada del desagradable contacto con un cuerpo que cae con una mueca atroz atravesado por una puñalada y el consiguiente encharcarse de sangre; nada de ruidos ensordecedores que atentan contra la tranquilidad del vecindario (¿el qué dirán! siempre el qué dirán!) como los que provoca un arma de fuego, ni de masa encefálica sobre el capot del coche en el caso de fraguar un accidente.

La mujer envenena por prolijidad. Al igual que elogia el erotismo y detesta la pornografía, le parece más sutil dejar un cuerpo acostado y yerto, los brazos a los costados en celosa simetría, que plagiar el estilo de las películas de Brian de Palma. Que la carnicería vaya por dentro. Como en un cuento de Katherine Mansfield.



CRIMEN

E INFAMIA

T

do crimen tiene algo de infame. El asesinato, que es una de las formas del crimen, requiere a menudo premeditación; a veces, alevosía. Aunque el "No matarás" del Decálogo bíblico no admite condicionantes, los hombres, desde siempre, se las arreglaron satisfactoriamente para que algunos asesinatos tuvieran la majestad de lo heroico: la historia posee la extraña virtud de confundir héroes y asesinos.

Resulta inquietante comprobar que el crimen figura entre los atributos exclusivos del hombre y que, en consecuencia, deviene contradictorio calificar de inhumana una acción criminal. No existe crimen que no sea crimen humano. En el mejor de los casos, la conciencia sólo puede adjudicarle escalas distintas en el orden de lo siniestro. Los animales son a veces crueles, pero a nadie se le ocurriría acusarlos de criminales. Únicamente merced a una figura antropomórfica se habla de bestias asesinas y, en revancha, a los asesinos suele asignárseles propiedades bestiales: intento vano de proteger la ecuanimidad de la razón humana.

Sin razón, sin cálculo, para la ley, no hay crimen. Crimen y razón se enamoran, se explican y se envuelven inexorablemente. No es casual que las leyes humanas acepten atenuar la condena a quienes actúan oscurecidos, con la razón obsecrada. La culpa, para la ley humana, surge de la previa decisión de realizar un acto que podría ser evitado sin daño expreso para uno mismo. Matar en defensa propia es un movimiento casi obligado y las leyes garantizan la inocencia de quien lo ejecuta. Por eso, cometer asesinato y enmascararlo como defensa propia es una de las formas

más indignas de la alevosía. Los intérpretes de la ley tienen como misión una pugna interminable por el establecimiento de los límites. Su habilidad —a veces su cinismo— consiste en demostrar que aquello que está en un territorio corresponde a otro. La distancia entre asesino y víctima apenas suele medir la inconstancia de una frontera. El crimen es una infamia de la razón. A veces esa infamia se generaliza y se expande a todo un país; en esas ocasiones, se vive un estado de infamia: los valores se sumergen y el engaño consentido circula por el cuerpo social. La inmundicia simula ser virtud. Esto ocurría en la Argentina de 1979. Los crímenes que se le adjudicaron y por los que finalmente fue condenada María de las Mercedes Bernardina Bolla Aponte de Murano se mimetizaban con la realidad cotidiana. Observadas desde hoy, las

mas, habían sido sus cómplices en la magia de multiplicar fortunas, de viajar por el mundo, de comprarlo todo, porque las cosas parecían existir para que los argentinos las adquirieran, porque todo era posible para quienes habían logrado conquistar un campeonato de fútbol. La Murano negó sus crímenes en un país donde el aparato oficial asesinaba secretamente a miles de personas. La Murano acusaba de "confabulación" a quienes la imputaban, mientras el gobierno adjudicaba a una conspiración extranjera las denuncias sobre violación de los derechos humanos. La Murano dispuso de médicos que firmaron certificados de defunción con cómplice ligereza, cuando centenares de certificados admitían la sepultura de cuerpos N. N. en fosas comunes. El defensor de la Murano, que en 1973 había pedido la prohibición de

El crimen es una infamia de la razón. A veces esa infamia se generaliza y se expande a todo un país; en esas ocasiones se vive un estado de infamia: los valores se sumergen y el engaño consentido circula por el cuerpo social. Esto ocurría en la Argentina de 1979.

fragmentarias informaciones de los diarios de la época podrían ser leídas en clave. La crónica policial señalaba un caso particular, pero hablaba de todo aquello que el silencio ocultaba, que la sociedad parecía ignorar o que necesitaba ignorar. La Murano, con su nombre novelesco, vivía la verosímil ficción de aquellos tiempos. Sus víctimas eran parte del mismo relato y los papeles podrían haberse intercambiado. La cuñada, la prima y la amiga de la Murano, antes de convertirse en vícti-

último tanto en París, ahora aceptaba como normal la obscena mostración de la intimidad de su defendida. Quienes rodeaban a la Murano no se sorprendían ante su estrafalaria conducta: el país entero apenas podía contemplarse en un espejo resquebrajado. El peso de la infamia de cualquier crimen nos toca a todos, confunde los nombres, entorpece los sentidos. Nuestra lucidez reside en saber que Caín ya actuó.

Nos queda el camino de la redención, que a lo mejor comienza en el momento de recomponer el espejo.



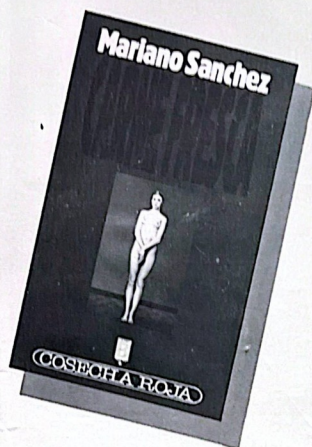
COLECCION

**DELITOS
Y
CASTIGOS**

**PRÓXIMO
NÚMERO**

**EL CASO
MONZON**

COSECHA ROJA



CARNE FRESCA

Mariano Sánchez

"El gordo del traje a rayas se derrumbó, abatido por un cartuchazo de posta. ¡Chata de mierda! La imagen de aquel cuerpo sembrado de lunares de sangre acompañaba los pensamientos de Seisdedos cada vez que maldecía su mala muerte. El cadáver del...



ARENA EN LOS ZAPATOS

Juan Sasturain

"Tal vez sea inevitable aclarar que por esos años, a fines de los setenta, Sergio Argañaraz era un periodista animoso, alegremente despiadado y con un módico porvenir. Demasiados adjetivos para una definición que podía ser más simple: Argañaraz era un pendejo. Sobre todo, eso. No es raro, entonces, que...

EDICIONES

B

Los libros más nuevos para el viejo placer de leer.
Teléfono: 334-5759



COLECCION
DELITOS
y
CASTIGOS